

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ, S.D.B.

**“DICHOSA TU POR
HABER CREÍDO”**

(LC. 1,45)

Plan de Formación Permanente
para Hermandades y Cofradías de la
Diócesis de Sevilla



“DICHOSA TU POR HABER CREÍDO”

(Lc 1,45)

**Plan de Formación Permanente para
Hermandades y Cofradías
de la Diócesis de Sevilla**

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ, S.D.B.

Plan de Formación Permanente para HH. y CC. de la Diócesis de Sevilla.

Coordinador: Manuel Soria Campos, Pbro.

Director del Secretariado Diocesano de Hermandades y Cofradías.

Comisión Doctrinal:

Juan Carlos Heras Sánchez, César Hornero Méndez,

Alfonso de Julios-Campuzano, José María Fernández Rodríguez

y José Carlos López Alba.

Nihil obstat: Rvdo. P. Antonio M^{ra} Calero de los Ríos S.D.B.

*Imprimatur: Ilmo. Sr. D. Francisco Ortiz Gómez,
Vicario General de la Diócesis de Sevilla*

Fecha: 15 de Septiembre de 2008



El Cardenal Arzobispo de Sevilla

La religiosidad popular es inseparable de una auténtica, profunda y sincera devoción a la Santísima Virgen María. Una devoción que va más allá del legítimo sentimiento, para convertirse en seguro camino para acercarse a la identificación con Cristo.

Como es por demás evidente, no podía faltar, en el Plan de Formación para Hermandades y Cofradías, emprendido por nuestra Delegación Diocesana, el capítulo dedicado a María, la Madre de Jesús.

Se ha contado, en esta ocasión, con dos auténticos especialistas: Don Antonio María Calero de los Ríos y don José Miguel Núñez Moreno, ambos salesianos, reconocidos teólogos y maestros en el arte de saber enseñar las verdades de la fe, con la profundidad del misterio y la pedagogía más adecuada para hacer comprender y vivir las verdades de nuestra fe en un comportamiento inequívocamente cristiano.

Con mi gratitud y felicitación a la Delegación Diocesana y a los autores de este nuevo capítulo del Plan de Formación para Hermandades y Cofradías. Pido al Señor, por intercesión de María, que el camino de la verdad lleve a todos nuestros hermanos cofrades al encuentro gozoso con una devoción sincera a la Madre Dios.

+ Carlos Amigo Vallejo

Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Los sevillanos constantemente hacemos bueno el merecido título de MARIANA que ostentamos con sano y limpio orgullo en el escudo de nuestra ciudad y testimonio vivo de nuestros más profundos sentimientos. Naturalmente, en estos momentos en los que, por un curso más, se inicia un nuevo Plan de Formación para las Hermandades y Cofradías, no podía faltar de forma alguna una edición dedicada a la Santísima Virgen María, madre de Jesús y a la que en toda la archidiócesis veneramos con las más hermosas advocaciones como perenne señal y timbre de religiosidad popular .

Por ello, el Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla, se siente auténticamente satisfecho con la oportunidad de poder patrocinar la Edición de este magnífico y serio Estudio Mariológico, hijo del estudio y conocimiento de dos grandes especialistas cuales son los salesianos Don Antonio María Calero de los Ríos y Don José Miguel Núñez Moreno, teólogos de profundas convicciones y que, no dudamos, van colaborar vivamente a conocer y sentir nuestra fe y devoción sin límites a La Madre de Dios.

Adolfo Arenas Castillo.

*Presidente del Consejo General
de Hermandades y Cofradías de la ciudad de Sevilla.*

SUMARIO

Carta Sr. Cardenal	5
Presidente del Consejo HH. y CC.	7
Introducción	11
Prólogo	13
Siglas	15
1. AL LLEGAR LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS	17
1. Como lo había prometido a nuestros antepasados	18
2. Cristo, plenitud de los tiempos	20
3. Y junto a Jesús, una mujer	22
2. ¡ALÉGRATE, PORQUE EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO'	27
1. Yahveh es el Dios fiel y con entrañas de misericordia	28
2. María, creyente esperanzada	30
3. Puedes contar conmigo	34
3. MARÍA DIO A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS	39
1. «Darás a luz un hijo»	41
2. La espada de la fe	44
4. LA MADRE DE JESÚS ESTABA INVITADA	49
1. «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?»	50
2. «Haced lo que él os diga»	52
3. «Ahí tienes a tu madre»	57

SUMARIO

5. DIOS HA HECHO GRANDES COSAS EN MÍ	61
1. María, Theotokos	62
2. María, la Virgen Madre	65
6. DESDE AHORA TODAS LAS GENERACIONES ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA	73
1. María, transparencia de Dios	74
2. María, horizonte de plenitud	80
Conclusión	
PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN CON MARÍA, LA MADRE DE JESÚS	87
1. María, madre de los creyentes	87
2. Mediadora en la única mediación del Hijo	88
VOCABULARIO	91

PRESENTACIÓN

Puede parecer superfluo afirmar que la vida de nuestras Hermandades (de Gloria, de Penitencia e incluso Sacramentales) gira en no pequeña proporción alrededor de la figura de María. Triduos, Septenarios, Novenas, Besamanos, Procesiones, son otras tantas manifestaciones del amor que los miembros de las Hermandades profesan a la Madre de Jesús. Desde esta perspectiva puede parecer extraño, y hasta fuera de sitio, dedicar una Cuaderno de Formación a la figura de María. Es como hablar de algo que se conoce sobradamente.

Y sin embargo, es posible que, tratando todos los días con alguna persona, no acabemos de descubrir el tesoro que encierra en su interior. No por nada se ha dicho que “no hay hombre grande para su ayuda de cámara”. Puede ocurrir, en efecto, que cambiamos, una y otra vez, de altar, de vestido, de corona, de flores, de velas, la Imagen bendita de nuestra Titular, sin que nos hayamos parado nunca lo suficiente, para penetrar, hasta donde sea posible, no solo en el tesoro que lleva en su interior María, sino en el tesoro que es Ella en sí misma.

Conocer a María tiene que ser un compromiso irrenunciable de nuestras Hermandades. Un compromiso que tiene como exigencia primera y natural profundizar en dos dimensiones que encierra este tesoro. Ante todo, descubrir, con verdadero asombro, lo que Dios realizó en esta mujer sencilla del pueblo. Lo dijo ella misma: “el Poderoso ha hecho obras grandes en mí” (Lc 1,49). Dios se volcó efectivamente en María: primero, para que fuera digna morada de Aquel –su Hijo encarnado– que había de salvar a todos los hombres de las mil formas de esclavitud que es capaz el hombre de inventar, comenzando por la esclavitud del pecado. Se volcó además en María para que los hombres viéramos, de una forma real y hasta tangible, lo que quiere hacer de cada uno de nosotros y de todos como cuerpo de la humanidad. “Ella –dice bellamente el Concilio Vaticano II– es una purísima imagen de lo que la Iglesia entera ansía y espera ser” (SC 103).

Una segunda e importante dimensión del conocimiento de María es descubrir en Ella la Madre a la que parecerse. Es posible que los miembros de las Hermandades tratemos mucho físicamente con la Imagen de María; que le pongamos el mejor manto, que le coloquemos las alhajas más preciadas, que la adornemos con las mejores y mejor puestas flores, y que sin embargo nuestras vidas no se renueven al contacto con esta Madre. El conocimiento de María - un conocimiento bien fundado en lo que la Sagrada Escritura nos dice de ella y no en nuestras piadosas y a veces tópicas consideraciones-, tiene que conducir necesariamente a lo que Pablo VI llamó “marianizar la vida”, es decir, a reproducir en nosotros los sentimientos, las actitudes profundas y las actuaciones de María.

Este es el segundo aspecto importante de un amor sincero a María: descubrir y reproducir en nosotros la respuesta que dio ella a la magnífica e insondable obra de Dios. Si un cristiano, si una Hermandad quiere saber como tiene que responder de forma sincera y coherente a las muchas gracias que Dios le concede, debe hacer una cosa muy sencilla: mirar a María y seguir sus pasos en la respuesta que ella dio a la obra de Dios en ella.

Es este un camino verdaderamente apasionante para todo cristiano consciente.

Pues bien, en este camino nos viene a ayudar el presente Cuaderno de Formación permanente redactado por el teólogo José Miguel Núñez Moreno. Contiene la presentación de una figura de María hecha en plena sintonía con las orientaciones del Concilio Vaticano II: una Mariología seriamente situada en la doble luz de Cristo y de la Iglesia, con un admirable equilibrio entre el dato bíblico y la reflexión hecha por la Comunidad eclesial sobre el Misterio de María a lo largo de la historia. Unir sabiduría y sencillez, rigor científico y calidez de exposición, claridad y buen decir, no es algo que se encuentre cada día. Y aquí lo encontramos desde el primer momento. Por eso, al tiempo que felicitamos al profesor Núñez Moreno por su texto, nos comprometemos a estudiarlo con el máximo interés y provecho. Será la mejor forma de agradecerse.

Hay que agradecer, una vez más, a la Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla este nuevo esfuerzo por facilitar a todos los miembros de las Hermandades de la Diócesis un instrumento formativo de primer orden.

Antonio M^a Calero, SDB

PRÓLOGO

Hay quien cree que el «pensar teológico» no está al alcance de la mano del «personal de a pie». Como si los teólogos estuvieran tan fuera de la realidad que hasta el lenguaje se hubiese convertido en algo abstracto y sólo accesible para unos pocos iniciados; como si la teología tuviese que ser siempre expresada en términos complicados y difíciles, como si nuestras comunidades cristianas hubiesen perdido definitivamente el tren de una fe cultivada y madura, crítica y bien formada.

Escribir teología para cofrades y, por si fuera poco..., ¡Mariología! Una empresa ardua que requerirá buena estrategia. Y aquí está. El resultado del conjunto te toca valorarlo a ti. Las páginas que tienes delante no son más que una sencilla reflexión creyente en torno a la Madre de Jesús presentada a cofrades, jóvenes y adultos, en el deseo de hacer llegar a nuestras Hermanidades la fe de la Iglesia en torno a la figura de María de Nazaret.

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo nacido de mujer” (Gal 4, 4). He aquí la mejor síntesis de cuanto hemos querido plasmar en las páginas que siguen. En la expresión paulina está ya contenido todo. No hemos pretendido, claro, «enmendarle la plana» al Apóstol; hemos querido, únicamente, ahondar en la tradición eclesial más genuina para perfilar más nítidamente el rostro de María, la Madre de Jesús, así como el pueblo de Dios cree y celebra su persona y su misterio.

La perspectiva elegida ha sido —no puede ser de otra manera— la historia de la salvación. No nos movemos con esquemas «de privilegios», sino poniendo de relieve el papel que lleva a cabo en el proyecto liberador de Dios la Madre del Señor. La obra de la salvación operada en Cristo tiene en María, Mujer creyente, Virgen y Madre, horizonte de plenitud, una cooperadora admirable y un modelo plenamente realizado.

Hemos querido hacer teología bíblica y teología «narrada». Se trata de una reflexión teológica anclada firmemente en la Escritura y en la tradición eclesial como propuesta para el cofrade de hoy dispuesto, como en todo tiempo, a «dar razón de su esperanza» (1 Pe 3, 15).

Junto a Jesús, una mujer: nos ha recordado Pablo. De aquí parte la mejor tradición de nuestra Iglesia: el misterio de María sólo se entenderá adecuadamente en una relación estrecha con su Hijo y, consiguientemente, en relación con la Iglesia. Este ha querido ser nuestro enfoque: cristológico y eclesial.

Nuestra fe es cristocéntrica: en el seguimiento de Jesús, nos esforzamos por configurar nuestra vida a la del Maestro, haciendo nuestro su estilo y siendo buena noticia de parte de Dios para los hombres. Contemplando a María descubrimos el referente de nuestro caminar: oyente de la Palabra, mujer creyente, dócil al proyecto de Dios, nos invita a ser, como ella, hombres y mujeres cristificados.

Nuestra fe es eclesial. Somos un pueblo de creyentes caminando en la fe y en la esperanza, signos del amor de Dios derramado en la historia en Cristo Jesús. Nuestros pasos se dirigen hacia un horizonte más pleno, el futuro de Dios, que vemos ya realizado en uno de nosotros, María de Nazaret, en quien Dios ha hecho grandes cosas. Madre de Jesús y madre de los creyentes, como columna fuerte continúa alentando el caminar del Pueblo de Dios hasta que todas las cosas sean «recapituladas en Cristo» (Ef 1, 10).

Con estas claves, puedes empezar a caminar. Antes de comenzar a leer pregúntate: ¿Quién es María de Nazaret? ¿Quién es esta mujer? ¿Qué lugar ocupa en la historia de la salvación? ¿Qué implicaciones tiene en mi experiencia de fe? La respuesta a estos interrogantes es lo que te ofrezco en las páginas que siguen. ¡Buena andadura!

José Miguel Núñez, SDB

SIGLAS

- AT Antiguo Testamento.
- DS *Enchiridion Symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, dirigido por H. DENZINGER - A. SCHÖNMETZER.
- LG *Lumen Gentium*, Constitución sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II.
- NT Nuevo Testamento.
- RM *Redemptoris Mater*, Carta Encíclica de JUAN PABLO II sobre Santa María Virgen en la vida de la Iglesia en camino.
- SC *Sacrosanctum Concilium*, Constitución sobre la Liturgia, del Concilio Vaticano II.
-

Para conocer más a María

- AA.VV., *María, en la Biblia y en los Padres de la Iglesia*, Edibesa, Madrid 2006.
- H.U.von Balthasar, *María hoy*, Ed. Encuentro, Madrid 1988.
- R.Berzosa Martínez, *En el misterio de María*, Ed.Sígueme, Salamanca 2006.
- A. M^a Calero de los Ríos, *Claro espejo de la Santa Iglesia. Escritos marianos*. Ed. Inspectoría salesiana María Auxiliadora, Sevilla 2007.
- F-X.Durrwell, *María, meditación ante el icono*, Ed. Paulinas, Madrid 1990.
- R.Laurentin, *María, clave del misterio cristiano*, Ed.San Pablo, Madrid 1996.
- J.M.Núñez Moreno, *Nacido de mujer*, Ed.CCS, Madrid 1997.
- C.Pozo, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Ed.BAC, Madrid 1985.
- M^a Dolores Ruiz, *María en la Sagrada Escritura*, Ed.CCS, Madrid 2008.
- E.Schillebeeckx-C.Halkes, *María, ayer, hoy, mañana*, Ed.Sígueme, Salamanca 2000.

1. AL LLEGAR LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

MARÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

A. OBJETIVOS

1. Introducir la reflexión sobre la Madre de Jesús dentro de una perspectiva histórico-salvífica.
2. Contemplar a María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.
3. Situar a María, junto a Jesús, como colaboradora en el plan salvador de Dios.

B. MOTIVACIÓN

La reflexión mariológica se ha desarrollado notablemente tras la renovación del Concilio Vaticano II. Con la nueva orientación conciliar, desde una perspectiva más bíblica, cristocéntrica y eclesiológica, en estas últimas décadas la mariología ha situado más adecuadamente a la Madre de Jesús dentro de la historia de la salvación y ha perfilado mejor su papel en la obra redentora de Dios.

Recuperando lo mejor de la tradición teológica de la Iglesia, la renovación mariológica de estos años nos ayuda a contemplar a María en el misterio de Cristo y en el misterio de la Iglesia como las claves desde las que comprender en su justa medida su figura de madre, discípula, asociada a la obra de la salvación y mediadora.

Este capítulo te ayudará a adentrarte en la persona de la Madre del Señor para captar todas las resonancias bíblicas de su figura y su estrecha vinculación con el nacimiento de su Hijo en la perspectiva de la espera mesiánica del pueblo de Israel.

C. ILUMINACIÓN

Puede ser que te haya sucedido a ti también. Con frecuencia vivimos la rutina de cada día ajetreados con mil asuntos, preocupados por el tiempo que nunca es suficiente para hacer todo lo

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

que tenemos entre manos, tan atareados y distraídos que los acontecimientos cotidianos nos pasan desapercibidos y casi no les damos importancia. Frases, gestos, situaciones que no sabemos interpretar y que sólo después de un tiempo, cuando tienen lugar otros acontecimientos, otras palabras, vuelven a nuestra memoria, recordamos aquello que sucedió y en ese momento lo vemos todo con una luz nueva y tan intensa que exclamamos “¡cómo no me di cuenta antes!”.

Algo parecido le sucedió al pueblo de Israel. Casi 2.000 años antes del nacimiento de Jesucristo, una tribu de pastores establecida en Mesopotamia se puso en marcha hacia la tierra de Canaán en busca de nuevos destinos y mejores fortunas. Al frente del clan, un personaje que nos resultará familiar, Abram, camina con su mujer, Sara, que es estéril. Yahveh Dios toma la iniciativa y se acerca hasta Abram tendiéndole la mano y estableciendo con él un pacto, prometiéndole tierra y un pueblo. De la infecundidad de Sara Dios dará a Abram una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y éste será, en adelante, Abraham; su misión, ser padre de un pueblo de creyentes.

Este es el inicio de la historia que se irá tejiendo en el tiempo y que tendrá como protagonistas al Dios de Abraham y a los descendientes de aquel pastor que miraba estrellas y soñaba porque sabía que había establecido un pacto con la eternidad.

Y los “hijos de Abraham” se multiplicaron y dispersaron, quizás olvidados de aquella alianza fraguada en la antigüedad. Los acontecimientos del éxodo, serán la ocasión propicia para que Dios se acerque de nuevo a los hijos de la promesa y renueve con ellos el pacto sellado desde antaño.

1. COMO LO HABÍA PROMETIDO A NUESTROS ANTEPASADOS

“Aquel día dirás a tu hijo: por eso intervino el Señor en nuestro favor cuando salimos de Egipto...” Esta frase entresacada del ritual de la pascua judía, fiesta en la que se celebra el recuerdo de la salida de Egipto, nos ayuda a entender que el acontecimiento del éxodo tiene un significado relevante para la vida del pueblo. Y es que hay situaciones y circunstancias destacadas en

la vida de cada persona que conservan siempre la centralidad de aquel momento vivido como algo realmente importante.

1.1. El pueblo de la promesa

Para Israel, el pueblo de la promesa, el éxodo forma parte de este grupo reducido de acontecimientos que fundamentan e interpretan la propia historia. La salida de Egipto, la travesía del desierto hacia la tierra prometida por Dios es el momento en el que realmente nace como pueblo.

Han pasado varios siglos desde que aquel soñador contara estrellas cada noche, esperanzado. Los hijos de sus hijos se han establecido en Egipto cuyo poderío los esclaviza, generando situaciones de cruda opresión. En el centro del relato narrado en el libro del Éxodo encontramos un personaje también conocido para nosotros: se trata de Moisés, israelita de origen, que educado en los ambientes egipcios huirá al desierto donde vivirá una experiencia que marcará para siempre su vida. Recordarás, sin duda, el episodio bíblico de la zarza ardiendo. Pues bien, durante la visión, Dios revela su nombre a Moisés: “Yo soy Yahveh”, “yo soy el que seré”. En estas pocas palabras teñidas de futuro, Moisés tendrá todavía que descubrir quién es Dios y lo que hará con él y con el pueblo. Yahveh ha visto la opresión de Israel y toma partido por él comprometiéndose por su libertad.

Esta es la gran experiencia de los hijos de Abraham: que Yahveh es el Dios liberador, el Dios cercano a su pueblo, el Dios salvador que los saca de Egipto, que abre el mar Rojo trazando un vado en medio de las aguas caudalosas, haciendo sucumbir a sus perseguidores; que camina, poderoso, por delante y les señala un horizonte nuevo cada amanecer: les espera una tierra que mana leche y miel.

Y Yahveh Dios establece un nuevo pacto con su pueblo. Ambos quedan unidos con un mismo vínculo de sangre, una alianza que, actuando la liberación, sella el amor de Dios por Israel y compromete a éste a la fidelidad al proyecto acordado con Moisés. Así, Israel aprendió a escuchar el susurro de Dios en la columna de nube, en el maná providente y en el camino abierto en el desierto. Pero las sombras y las luces están presentes en la historia de los hombres desde siempre y el pueblo escogido

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

prefirió otros dioses, se olvidó de Yahveh y decidió andar por sus caminos.

1.2. La voz de Dios en los profetas

Dios quiso hablar el lenguaje del hombre y se hizo historia para proponerle su sueño, lo que quiso hacer de él cuando se expresó a sí mismo creando. Pero el hombre, que lleva impreso en el corazón el sello de la libertad, prefirió prescindir del amor de Yahveh y escribir su destino rechazando, en no pocas ocasiones, la mano abierta de su Dios. A lo largo de la historia de Israel, los profetas mantendrán viva la esperanza de un futuro nuevo, según el corazón de Yahveh. Su voz se alzó, potente, en medio del pueblo, haciéndose portadora del mensaje de Dios.

Estos, denunciaron con fuerza los pasos errados, el corazón duro del hombre que había olvidado tantos gestos de ternura del Señor de los Ejércitos, que se postraba a los pies de otros dioses y caminaba en la injusticia y la opresión.

2. CRISTO, PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Las promesas de Dios, reiteradas en los varios momentos de la historia, manifiestan progresivamente un proyecto misterioso que va tomando cuerpo en cada acontecimiento, en cada situación vivida, en cada etapa del camino recorrido. Así lo ponen de relieve los distintos compositores de las tradiciones del AT al hacer hincapié, a través de sus relatos, en una especie de “finalidad secreta” que conduce la historia hacia un horizonte bien preciso: el cumplimiento de las promesas de Yahveh, realidad futura que está por llegar.

Si recorremos con atención las páginas del AT encontraremos en ellas un insistente acento puesto en la acción salvadora de Dios en favor de los hombres a través de diversos personajes. Dios envía sus mensajeros que son entendidos como auténticos mediadores entre Yahveh y el pueblo y que llevarán adelante su proyecto actualizando su palabra en medio de las gentes.

2.1. El Mesías está por llegar

La promesa va teniendo su pequeño cumplimiento en las estupendas páginas escritas por Abraham, por Moisés en el éxodo, en la alianza con el pueblo; en clave de fidelidad de Yahveh al pacto establecido será leída también la experiencia de la monarquía en tiempos de David y Salomón.

Pero los tiempos difíciles están todavía por llegar e Israel experimenta la dureza del camino y mira, esperanzado, hacia el futuro, hacia horizontes de mayor plenitud anunciados por Yahveh desde antiguo.

En esta situación de “perdición”, de desánimo, el anuncio profético apunta lejos; el anuncio de un mesías, el “ungido” por Dios, se hace esperanza de un futuro que vendrá. Y así, poco a poco, se fue afianzando la certeza de que el Dios liberador que sacó al pueblo de la esclavitud egipcia, tomaría en sus manos la historia y llevaría a cabo su promesa, la salvación definitiva, por medio de su mesías, de su enviado.

2.2. En la plenitud de los tiempos

Nos recuerda el autor de la carta a los hebreos que “muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (*Hb* 1, 1-2). Las expectativas mesiánicas se concentran en estos “últimos tiempos”, expresión que en el lenguaje neotestamentario indica cumplimiento de las promesas, plenitud, definitividad (*Mc* 1, 15; *Gal* 4, 4; *Ef* 1, 10). Así, la profesión de fe de los escritos del NT pone de manifiesto cómo Jesucristo mismo “es” la plenitud de los tiempos, aquel en quien se cumplen todas las esperanzas mesiánicas contenidas en las antiguas tradiciones.

La experiencia y la reflexión en torno a la figura y a la historia de Cristo en la Iglesia apostólica, hará descubrir a los creyentes en la encarnación del Verbo, en la muerte y la resurrección del mesías de Nazaret una nueva comprensión de la historia. El Reino de Dios está ya aquí. El mismo Jesús es el Reino, el tiempo definitivo, verdadero tiempo de salvación (*kairós*) de parte de Dios para los hombres.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Jesús de Nazaret concentra en sí la realización de las promesas de liberación de Dios para su pueblo. Todas las mediaciones salvíficas del AT y los anhelos de plenitud que alberga el corazón del hombre encuentran en él cumplimiento definitivo.

Pero Cristo no supone sólo un escalón más en el desarrollo horizontal de acontecimientos históricos que hacen posible la salvación de Dios. El cumplimiento al que nos referimos supone un salto cualitativo. Se trata de un acontecimiento que se sitúa en otro orden distinto al de los meros sucesos históricos narrados en el AT. Nos encontramos ante una intervención particularmente relevante de Dios en la historia de los hombres que hace de ésta un “tiempo pleno”. La encarnación del Verbo de Dios supera todas las expectativas de Israel; el acontecimiento de Jesucristo va mucho más allá de las pobres esperanzas de los hombres, amasadas en el lento acontecer de los siglos.

Así, los creyentes, en el encuentro con el crucificado-resucitado, experimentan a Cristo como el Señor, aquel que da sentido a sus vidas y el que hace realidad sus anhelos de liberación. Jesús de Nazaret es en quien se cumplen las Escrituras y nos desvela, definitivamente, el proyecto liberador de Dios sobre nosotros.

¿Recuerdas el “yo soy el que seré” que Yahveh pronunció ante Moisés en el desierto? Pues bien, aquella enigmática “carta de presentación” adquiere su pleno sentido en Jesús, porque su vida y su mensaje nos revelan los trazos definitivos del rostro de Dios salvador. Jesús, plenitud de los tiempos, es la manera humana que tiene Dios de decirse.

3. Y JUNTO A JESÚS, UNA MUJER

Nuestra introducción es una pequeña “cristología”... Y no debe ser de otro modo. Si queremos referirnos a María, el punto justo desde el que comprender bien su misterio es, precisamente, Cristo. Nos recuerda Pablo en su carta a la comunidad de Galacia: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos (Dios) envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los

AL LLEGAR LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

que se hallaban bajo la Ley y para que recibiéramos la filiación” (*Gal 4*, 4-5).

Este texto del Apóstol a los gálatas es el testimonio más antiguo del NT en lo que se refiere a la relación entre Cristo y María. Junto a Jesucristo, plenitud de los tiempos —en el centro de la historia de la salvación—, encontramos la figura de una mujer que es elegida por Dios para ser madre del Verbo encarnado.

3.1. María en el misterio de Cristo

La reflexión y la profundización que la comunidad de los creyentes ha hecho en torno a la figura de María a lo largo de los siglos ha encuadrado siempre a la Hija de Sión en los misterios de Cristo y de la Iglesia. Así lo ha puesto de relieve, una vez más, el Concilio Vaticano II en el capítulo VIII de la Constitución *Lumen Gentium*. No es posible entender la figura de María si no es en referencia a Cristo y a su Iglesia.

Nos recuerda el papa Juan Pablo II que María es “testigo excepcional del misterio de Cristo” (*RM 27*). Así lo ha creído siempre la comunidad de los creyentes, de tal manera que los misterios y dogmas marianos son, sobre todo, misterios cristológicos. Si decimos que María es madre, su maternidad hace referencia inexcusable al Hijo; si decimos que es virgen, lo es en razón del que va a nacer; si creemos que es inmaculada, lo es por la tarea encomendada por Dios de ser madre del salvador; si afirmamos que es la mujer creyente, podemos hacerlo sólo en razón del seguimiento de su Hijo... Todo en María hace referencia a Cristo el Señor y el misterio de la madre no se entiende sin la luz del misterio del Hijo.

Durante mucho tiempo la reflexión en torno a María se ha alejado del marco de la Escritura y ha discurrido en clave de “privilegios” concedidos por Dios a una criatura excepcional. Hoy es necesario insertar la Mariología en la teología bíblica de manera que la figura de la Madre de Jesús adquiera su justa dimensión, esto es, en el marco de la historia de la salvación. No habrá una comprensión profunda del misterio de la Virgen Madre si no es en referencia explícita a la encarnación, la vida, la muerte y la resurrección del Hijo de Dios.

3.2. María en el misterio de la Iglesia

La Iglesia ha descubierto siempre en María a la primera creyente y a la primera discípula, en medio de un pueblo de creyentes y seguidores del Maestro. Leemos en el libro de los Hechos: “Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago el de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos” (*Hch* 1, 14). Este relato nos hace entender la importancia de la figura de María para la comunidad cristiana primitiva. Por una parte, el texto pone a María en relación con Jesús: María es llamada expresamente la “Madre de Jesús”. Es precisamente este título el que indica el porqué del puesto central de María en el relato. Por otra parte, es la única mujer que viene nombrada, como los apóstoles, lo que nos indica que María ocupa un lugar privilegiado en la primera comunidad creyente. Tal consideración nos ayuda a pensar mejor en el papel eclesial de la figura de la madre que, en oración con la comunidad, espera el don del Espíritu prometido por Cristo.

Es importante recordar aquí el texto de *Jn* 19, 25-27 y, sobre todo, las palabras de Jesús al discípulo amado y a María: “He aquí a tu hijo, aquí tienes a tu madre” (*Jn* 19, 26). La escena de la madre junto a la cruz nos habla de fe y de amor materno llevado al extremo, de seguimiento del Señor y de dar la vida, de fidelidad del auténtico discípulo que camina con Jesús hasta la muerte. El texto anticipa la propia realidad de la Iglesia que nace del amor —nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos— y de la fe expresada por el discípulo amado junto a la cruz. María es, a la luz de la Palabra, don de Cristo para su Iglesia y madre de todos los creyentes.

Resumen muy bien nuestro enfoque las palabras del Concilio que sitúan a María en relación con el único Salvador, Cristo, y con el misterio de la Iglesia: “La misión de María hacia los hombres, de ninguna manera oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo (...) María coopera de forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas” (*LG* 60 - 61).

D. PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.
2. ¿Qué significa para la ti la expresión “historia de la salvación?” ¿Cómo la entiendes? ¿Qué consecuencias tiene para la historia del mundo? ¿Implica algo en tu vida?
3. Cristo es realmente el centro del cristianismo. ¿Cómo ponemos de relieve esta verdad en la vida y celebraciones de nuestra Hermandad?
4. ¿Qué pasos tendríamos que dar para que la experiencia creyente de nuestra Hermandad fuera verdaderamente “cristocéntrica”? ¿No parece más bien “mariocéntrica”?

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO

1º. A título personal.

2º. Como miembros de nuestra Hermandad,

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Oh Dios, que has elegido a la bienaventurada Virgen María, excelsa entre los humildes y los pobres, Madre del Salvador, concédenos que, siguiendo sus ejemplos, podamos ofrecerte una fe sincera y poner en ti la total esperanza de nuestra salvación. Por nuestro Señor Jesucristo. (Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *La Virgen María, stirpe escogida de Israel*).

2. ¡ALÉGRATE, PORQUE EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO!

LA MADRE DEL MESÍAS ANUNCIADO

A. OBJETIVOS

1. Situar el acontecimiento de la encarnación en el contexto vital de la historia de Israel y ante las expectativas del Pueblo de Dios – el “resto fiel” - que espera la salvación de Dios.
2. Releer e interpretar el relato de la anunciación desde la iniciativa de Dios y como una experiencia creyente en la vida de María de Nazaret, la escogida de Dios.
3. Profundizar en la respuesta vocacional de María y el significado de su misión en la historia salvadora.

B. MOTIVACIÓN

En el devenir de la historia de Israel, un pequeño “resto” del pueblo ha permanecido fiel a Yahveh a pesar de las dificultades y del aparente ocultamiento del poder de Dios que parece haberse olvidado de sus promesas. Al mismo tiempo, una importante porción del pueblo ha olvidado la alianza con su Dios y camina por senderos que lo alejan de él y de su acción providente.

En medio de la oscuridad y la incertidumbre, la historia de la salvación se entreteje de forma silenciosa e imperceptible. Una joven de un pequeño pueblo galileo es escogida por Yahveh para ser la Madre del Mesías anunciado desde antiguo. Llena de la gracia del Espíritu, Ella representa al “resto fiel” que espera inquebrantablemente en las promesas hechas desde antiguo a los padres del pueblo: algún día, Dios instaurará su reino. Un rey justo conducirá de nuevo a Israel hacia el Señor y en sus días florecerá la justicia y la paz. Todos serán convocados al banquete de la vida.

El “sí” pronunciado por María de Nazaret posibilita que por la fuerza del Espíritu el Verbo de Dios tome carne en las entrañas de una virgen. No hay más mensajeros ni profetas ni anuncios de salvación. Dios mismo coge el paso de la historia y se hace uno de nosotros.

C. ILUMINACIÓN

Ha pasado mucho tiempo e Israel ha aprendido a leer su acontecer en clave de esperanza. En tiempos de Jesús, el maestro de Galilea, todos sus contemporáneos viven con la mirada puesta en el horizonte de la historia, expectantes, ante el reino de Dios prometido desde antiguo y que debe hacerse realidad de un momento a otro. Se trata del reino definitivo, el reino de plenitud anunciado por los profetas, que hará realidad la Promesa hecha por Yahveh a los padres del pueblo.

Todos esperan y anhelan al Mesías de Dios, pero es sobre todo el pueblo sencillo el que grita con fuerza a Yahveh que haga llover desde el cielo al Justo anunciado. La tierra de los pobres está reseca porque no recibe desde hace tiempo el agua de la justicia. Aplastados por el peso del abandono y de las leyes que los oprimen, los desheredados de Israel alimentan la esperanza en el Mesías liberador, aquel que vendrá y abrirá de nuevo el mar Rojo de la pobreza y la opresión, un vado entre las aguas caudalosas de la desesperanza, y hará caminar al pueblo hacia la tierra prometida, donde todo será distinto.

1. YAHVEH ES EL DIOS FIEL Y CON ENTRAÑAS DE MISERICORDIA

Yahveh es el Dios de los pobres. El Dios de Israel, aquel que “ha visto la opresión de su pueblo” (*Ex 3, 1-10*), no permanece indiferente ante el sufrimiento, la injusticia o el dolor de los hombres. Con asombro, como quien se siente sorprendido por lo inesperado, aquellas tribus que se habían establecido en Egipto en busca de futuro y no habían encontrado más que esclavitud, vieron surgir la libertad de las aguas del mar Rojo porque Yahveh (“Yo soy el que seré”) se había mostrado con brazo fuerte frente al poderoso faraón tomando partido, decididamente, por el más pequeño de todos los pueblos.

1.1. “Yahveh, rico de gracia y fidelidad” (*Ex 34, 6*)

La fidelidad es, sin duda, uno de los atributos de Dios que mejor encajan con la experiencia del pueblo de la alianza. Yahveh

¡ALÉGRATE, PORQUE EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO!

ha sellado un pacto cuya única razón es la de ser don gratuito y cuya principal característica es la estabilidad. Basta recorrer las páginas del AT para caer en la cuenta de que a lo largo de la historia, la fidelidad de Dios aparece consistente y firme, sus promesas son estables y sus palabras sólidas. Parece como si, a pesar de la infidelidad y de los caminos tortuosos practicados por Israel, Dios se “obstinara” en llevar adelante su proyecto renovando una y otra vez los vínculos con su pueblo para el que tiene, en ocasiones, palabras duras pero al que ama con ternura. Así lo expresa de modo poético el libro de Oseas en el diálogo entre Dios y el pueblo —esposa infiel— en boca del profeta: “Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré en justicia y en derecho, en amor y ternura, te desposaré en fidelidad y tú conocerás al Señor” (Os 2, 21-22).

La imagen de la “roca” es utilizada frecuentemente por los autores sagrados para expresar la solidez de sus promesas, porque Dios es “la Roca, sus obras son perfectas, todos sus caminos son justos; es un Dios fiel y sin maldad, justo y recto” (Dt 32, 4). Yahveh es Dios y se da a conocer comprometido en el esfuerzo por arrancar a su pueblo de la situación perdida en la que se encuentra para llevarlo por senderos de mayor plenitud hacia la tierra que mana leche y miel. Una y otra vez, Israel desoyó la voz de su Dios, se olvidó de su promesa y prefirió el vértigo de su equivocación. El castigo y la misericordia, la ira inminente y el perdón, la esperanza y el futuro de la historia aparecen entrelazados en las páginas proféticas. Pronto, la idea de “resto fiel” expresará al nuevo Israel, servidor fiel, auténtico depositario de la promesa en quien Yahveh hará realidad definitivamente su proyecto.

1.2. Israel, el resto fiel

Dios había prometido a Abraham una “descendencia numerosa como las estrellas del cielo” (Gn 15, 5). Es verdad que el tiempo contamina la historia de olvido y miseria. Pero en medio de la infidelidad y el castigo, la desolación y el desierto, la perdición y la idolatría, un resto permanece fiel y será el pueblo de los tiempos mesiánicos en los que Yahveh desplegará todo su poder en el Ungido que vendrá según la promesa. Nos recuerda el profeta Miqueas que este “resto”, pueblo purificado y fiel, es el nuevo Israel que llegará a ser “pueblo poderoso” (Miq 4, 7). En los

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

tiempos difíciles de la deportación en Babilonia, Jeremías y Ezequiel alientan la esperanza de los justos anunciando que el futuro es de Yahveh y en él, para aquellos que participan de su santidad y se apoyan en Dios, es decir, el resto fiel. Se trata de una perspectiva profética que apunta más allá de los límites de los acontecimientos inmediatos y se proyecta sobre el horizonte de la historia, allí donde la comunidad de los últimos tiempos será beneficiaria de la salvación.

El contexto histórico-salvífico y la idea del resto fiel entendido como los “pobres de Yahveh” que esperan el cumplimiento de la profecía son los que nos pueden ayudar a situar mejor la figura de María de Nazaret y el cumplimiento en ella de todas las promesas hechas por Dios a los padres desde antiguo.

2. MARÍA, CREYENTE ESPERANZADA

El perfil de la figura de María cobra mayor nitidez si la contemplamos dentro del contexto de la historia de la salvación que acabamos de describir. Quizás ahora se entienda mejor el porqué de nuestra amplia introducción en torno a las tradiciones del Antiguo Testamento. En efecto, María sólo se comprende dentro de la tradición de su pueblo, el pueblo de la alianza, heredera —también ella— de las promesas de Yahveh. María es una creyente esperanzada que aguarda, como tantos otros, la salvación de Israel, el cumplimiento definitivo de las antiguas profecías. Ella es también “resto fiel”, la Hija de Sión.

2.1. La Hija de Sión

La expresión “hija de Sión” es una personificación femenina que alude al pueblo escogido, al resto fiel, al pueblo de los últimos tiempos, a la esperanza del cumplimiento de la promesa de Dios a Israel, al futuro de Yahveh... Nos lo recuerda Miqueas: “Al final de los tiempos estará firme el monte del templo del Señor, sobresaldrá sobre los montes, dominará sobre las colinas. (...) De Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor” (*Miq* 4, 1-2). El profeta habla, además, de un parto doloroso de la Hija de Sión (*Miq* 4, 10) que dará a luz a un pueblo nuevo, liberado, que será portador de

¡ALÉGRATE, PORQUE EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO!

una nueva esperanza. En este contexto, subrayando su origen humilde —nacerá en la ciudad de Belén— se nos anuncia la venida de un rey mesiánico entroncado con la dinastía davídica que será pastor, que reunirá y dará la paz al pueblo: “En cuanto a ti, Belén Efrata, la más pequeña entre los clanes de Judá, de ti sacaré al que ha de ser soberano de Israel: sus orígenes se remontan a los tiempos antiguos, a los días de antaño. Por eso el Señor abandonará a los suyos hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces los que aún queden volverán a reunirse con sus hermanos israelitas” (*Miq* 5, 1-2). La profecía queda cumplida, como bien sabemos, en *Mt* 2, 6.

El evangelista identifica la figura de María Virgen con la Hija de Sión de la profecía de Miqueas. Un conocido mariólogo, R. Laurentin, ha puesto de manifiesto en sus cuidadosos estudios que los textos proféticos que hacen referencia a la Hija de Sión (*Miq* 4, 9-10; *Sof* 3, 14-17; *Jl* 2, 21-27; *Zc* 9, 9-10) aluden a una personificación de Israel y tienen por objeto el anuncio del gozo mesiánico. La expresión más característica de tal anuncio es: “¡Alégrate! ¡No temas!”. El mensaje, además, es siempre el mismo: el Señor morará en Sión como rey y salvador. Todos esos elementos los encontramos en el relato de la anunciación según la narración de *Lc* 1, 28-33. En este caso, claro está, la destinataria del mensaje es María y quien va a morar como rey y salvador es Jesús, el Hijo del Altísimo.

Así como el Señor residía en Sión, el monte santo, su templo será ahora el seno de María por medio de la concepción virginal. En María, la pobre de Yahveh, Hija de Sión, se concentran todas las expectativas de Israel y se hacen realidad las promesas que anunciaron el advenimiento (*adventus*) de Dios en la historia de los hombres.

2.2. Dios en medio de su pueblo

En su narración de la infancia de Jesús, Lucas hace constantes alusiones a la Escritura cuyos textos son actualizados en la persona y el acontecimiento del niño que nace. El estilo literario que el autor utiliza para desarrollar su catequesis pertenece al género llamado *midrash*, es decir, el esfuerzo por profundizar en los textos bíblicos sacando de ellos su sentido profundo y tratando de obtener alguna aplicación práctica. El relato de la anuncia-

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

ción tenemos que leerlo con esta clave exegética: una interpretación cristológica del cumplimiento mesiánico.

El saludo del ángel no es un simple saludo; no se puede traducir únicamente como “Ave” como habitualmente hacemos. Por el contrario, María es invitada a alegrarse: “¡Alégrate!”. Se trata más bien de una llamada al júbilo mesiánico al que los profetas antiguos convocaron a la Hija de Sión. El motivo es el mismo: Dios viene a morar en medio de los hombres: “¡Alégrate, porque el Señor está contigo!”. Esta es la buena noticia: en el seno de María, la nueva Hija de Sión, Dios quiere visitar a su pueblo. Así lo ha reflexionado y celebrado siempre la tradición cristiana como lo testimonian los versos de uno de los himnos de la liturgia bizantina más bellos que se conocen y que se remonta a los siglos VI-VII:

“Un ángel de primer orden fue enviado desde el cielo a decirle a la *Théotokos*: ¡Alégrate! Y lleno de admiración al ver que os encarnábais, Señor, al son de esta palabra inmaterial, estaba ante ella exclamando:

¡Alégrate, tú, por quien resplandecerá la alegría!
¡Alégrate, tú, por quien se acabará la maldición!
¡Alégrate, tú, por quien Adán se levanta de su caída!
¡Alégrate, tú, que enjugas las lágrimas de Eva!
¡Alégrate, cima inaccesible al pensamiento humano!
¡Alégrate, abismo impenetrable aun a los ojos de los ángeles!
¡Alégrate, porque tú eres el trono del gran rey!
¡Alégrate, porque tú llevas en tu seno a aquel que sostiene todas las cosas!
¡Alégrate, estrella mensajera del Sol!
¡Alégrate, Seno de la divina encarnación!
¡Alégrate, tú, por quien se renueva la creación!
¡Alégrate, tú, por quien y en quien es adorado el Creador!
¡Alégrate, Esposa no desposada! ¡Virgen!”.

2.3. Transformada por la gracia

En el marco de esta invitación a la alegría por la presencia de Dios en medio de su pueblo, María, una joven de Nazaret, se siente llamar por el ángel con una expresión inusitada: “*kejaritoméne*”, un término griego que en la tradición cristiana ha sido comunmente traducido como “plena de gracia” o “favorecida”. Recientes estudios filológicos nos han mostrado que su significado es mucho más rico. En efecto, el vocablo incluye un matiz que referido al efecto que se produce en las personas por el don de la gracia, es decir, a María no sólo se le ha otorgado una gracia, sino que ha sido “transformada” por la gracia de Dios. María, la primera creyente, anticipa el horizonte al que hemos sido destinados todos los bautizados.

Y aún una pregunta: ¿Transformada para qué? La expresión *kejaritoméne* es justificada en seguida en el anuncio del ángel. “Has hallado gracia delante de Dios” (Lc 1, 30) y vas a ser Madre del Mesías. He aquí la misión. María de Nazaret ha sido transformada por la gracia para ser madre del Salvador anunciado desde antiguo. Pero, ¿cómo será esto?

2.4. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti...”

En este versículo se indica la acción del Espíritu de Dios sobre María: sólo porque la Virgen de Nazaret es lugar privilegiado de la presencia del Espíritu puede nacer en el mundo el Hijo de Dios.

Lucas no hace más que poner de relieve la confesión de fe de la iglesia primitiva en torno a la concepción del Hijo de Dios: será una concepción virginal, por obra del Espíritu Santo.

No es casual, sin duda, el vínculo entre el versículo del evangelio de Lucas que comentamos y el texto de los Hechos en el que leemos: “... recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta en los confines de la tierra” (Hch 1, 8). En esta ocasión la destinataria de la acción del Espíritu es la Iglesia, la comunidad de los creyentes que alumbrará al mundo —en el anuncio hasta los confines de la tierra—a Jesús el Señor. María, prototipo de los creyentes, gestará y dará a luz, por la fuerza del Espíritu, al Hijo del Altísimo, al Mesías esperado, al Salvador.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

María representa, además, a la nueva “Arca de la Alianza”. A ella, el ángel le anuncia “el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (*Lc* 1, 35) en clara alusión a la “nube”, símbolo de Dios, que cubría la tienda de la Alianza: “... la nube moraba sobre la tienda del encuentro y la gloria de Yahveh llenaba la morada” (*Ex* 40, 35). El texto del libro del éxodo nos señala que el arca de la Alianza era el lugar mismo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. María es, desde el anuncio del ángel, la nueva “arca de la Alianza” que llevará en su seno al Hijo de Dios, Dios-con-nosotros: “La Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (*Jn* 1, 14).

3. PUEDES CONTAR CONMIGO

No deja de ser desconcertante. María, una joven virgen de Nazaret es la amada por Dios, elegida como interlocutora para llevar adelante su proyecto liberador. En el diálogo se da lo inesperado: el encuentro entre el amor y el poder del Altísimo y la libertad del hombre que es interpelado. Yahveh Dios, con todo su poder, no ha querido llevar adelante su propuesta salvadora sin el consenso del hombre, libre hasta el extremo en su respuesta. Dios no se impone. Necesita, por el contrario, la respuesta y la adhesión incondicional de María que acoge la llamada y deja abierta de par en par la puerta de su historia y de la historia de los hombres a la acción liberadora de Dios. María responde “hágase” sin condiciones, y su “sí” es el abandono creyente y gozoso del que ha puesto toda su esperanza en Dios.

3.1. Un “sí” creyente y gozoso

Pero, ¿qué significa creer? El verbo creer significa “dar el corazón” (cor-dare). La fe es, fundamentalmente, “dar el corazón”, es decir, responder vitalmente a la iniciativa gratuita de Dios que se hace historia. Creer es encuentro con el Dios de la vida que se propone al hombre como proyecto liberador y hace de nuestra historia una realidad lograda. Si esto es así entenderemos mejor qué queremos decir cuando afirmamos que María vive desde la fe. Ella es la mujer creyente que se abre esperanzada al misterio y exclama “hágase” en la incertidumbre quizá

del que no alcanza a ver hacia dónde lleva todo esto pero en la certeza, luminosa y firme, de la incondicionalidad del Dios de la promesa. El asombro inicial se transforma en admiración y el temor deja su sitio al gozoso deseo de colaborar con Dios. No se trata sólo de aceptar pasivamente o de asentir resignadamente a la “imposición divina”. Se trata, por el contrario, de un “sí” desde la libertad, de un “sí” comprometido y coherente, de un “sí” que transforma la vida y abre dimensiones nuevas en la propia existencia.

3.2. El “sí” de los creyentes de todos los tiempos

Nunca Dios estuvo tan cerca del hombre ni nunca el hombre sintió más cerca a Dios como en la encarnación. Dios quiere contar con el “hágase” de María, una de nosotros, para llevar adelante su proyecto porque su poder es la libertad del hombre. En el sí de la joven de Nazaret están contenidos además todos los “sí” de todos los hombres de todos los tiempos. En el “hágase” de María se concentran todas las respuestas asombradas del hombre que se ha abierto a la provocación del Misterio y ha adherido su vida —libre y confiado— a la iniciativa y al querer de Dios.

La pequeña historia de la salvación en María es, pues, el anticipo de cada historia que Dios protagoniza en su encuentro con el hombre al que le pide, sin estridencias, su “hágase” y en el que aquel responde, comprometido y esperanzado, “aquí estoy”.

3.3. Dios ha hecho grandes cosas en mí

Es curioso cómo Lucas, en la estructura de su evangelio, hace notar que María, se pone “inmediatamente” al servicio de su prima Isabel a la que la joven de Nazaret visita. Casi sin mediar palabra, en el encuentro entre las dos madres, el niño que Isabel llevaba en su seno saltó de gozo y la expresión de la madre coloca el episodio en la clave adecuada. Es la confesión de fe de la comunidad de los tiempos nuevos: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno! ¿A qué debo que la madre de mi Señor venga a mí?” (*Lc 1, 42- 43*). Lucas no duda en aplicar a María, la que ha creído, la bienaventuranza evangélica, inicio de la expresión de fe y de admiración que la comunidad cristiana profesará a la Madre de Jesús por todas las generaciones.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

En la misma tonalidad, Lucas colocará en los labios de María un cántico que recuerda los grandes acontecimientos de la historia de la salvación. El Magnificat (*Lc* 1, 46-56) expresa la respuesta de María a Isabel narrando cuanto el poder del Altísimo está operando en ella y —a través de ella— en la historia de los hombres. El contexto es claramente histórico-salvífico y sitúa a María en un lugar privilegiado dentro del proyecto liberador de Dios.

El cántico, que tiene fuertes resonancias respecto al de Ana, la madre de Samuel (*1 Sm* 2, 1-10), pudo tener un origen independientemente del relato evangélico y sólo más tarde se habría añadido a la catequesis lucana. Lo importante es reconocer en las palabras de María la expresión de fe de la misma comunidad cristiana en sus orígenes respecto a la Madre del Señor.

En este sentido, todo el contexto nos invita a descubrir en el que va a nacer el cumplimiento de todas las profecías mesiánicas y en María, la paradoja de Dios que “derriba a los poderosos de sus tronos y enaltece a los humildes” (*Lc* 1, 52). Queda así patente el poder de Dios, que se despoja de su poder e indica el sendero desconcertante del Mesías: “se despojó de su rango, asumiendo la condición de esclavo y pasando por uno de tantos (...) haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (*Flp* 2, 7-8).

Y a ti, María de Nazaret, pobre de Dios, todas las generaciones te llamarán bienaventurada porque Dios, en tu libertad, ha hecho grandes cosas.

D. PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.
2. ¿Cómo has entendido el concepto bíblico de “resto de Israel”? ¿Cómo relacionas a María con ese “resto de Israel”?

¡ALÉGRATE, PORQUE EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO!

3. ¿Te ha aportado algo nuevo el relato de la Anunciación? ¿Qué alcance tiene para ti el acontecimiento y la experiencia creyente de María de Nazaret?
4. La figura de María es un modelo vocacional: ¿Qué te aporta en el descubrimiento de tu propia vocación creyente?

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO:

1º. A título personal.

2º. Como miembros de nuestra Herrmandad.

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Dios todopoderoso, que, según lo anunciaste por el ángel, has querido que tu Hijo se encarnara en el seno de María, la Virgen, escucha nuestras súplicas y haz que sintamos la protección de María los que la proclamamos verdadera Madre de Dios. Por Jesucristo nuestro Señor. (Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *La Virgen María en la anunciación del Señor*).

3. MARÍA DIÓ A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS

EN BELÉN DE JUDÁ: LAS PROFECÍAS CUMPLIDAS

A. OBJETIVOS

1. Profundizar en el acontecimiento del nacimiento de Jesús en su doble dimensión histórica y teológica.
2. Comprender el camino creyente de María que asume y experimenta la maternidad desde la experiencia de la fe.
3. Hacer una relectura teológica de la “infancia de Jesús”.

B. MOTIVACIÓN

El Evangelio de Lucas nos ayuda a poner de manifiesto algunos de los datos más relevantes de la primera tradición cristiana en torno a la figura de María: su concepción virginal y su disponibilidad al proyecto de Dios para ser la Madre del Mesías. Este es precisamente el sentido de María para la primera comunidad creyente en la historia de la salvación: María de Nazaret es, sobre todo, la Madre de Jesús y en su específica relación con el hijo, su maternidad, la Iglesia descubre el papel relevante de la Virgen en el plan de Dios.

Madre de Jesús y mujer creyente, he aquí el doble relieve del perfil que María de Nazaret adquiere para los que han acompañado al Maestro hasta el final y revestidos de la fuerza del Espíritu proclaman con valentía que aquel que fue ejecutado en una cruz ha resucitado de entre los muertos y se ha convertido en el Señor de la historia.

María da a luz a un hijo y lo acompaña en su crecimiento experimentando la maternidad como una realidad central en la vida de una persona. Pero al mismo tiempo trata de caminar escudriñando los signos que contempla y guarda en su corazón madurando poco a poco en su propia experiencia de fe. Así, María recorrerá un hermoso y difícil camino – una espada le atrave-

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

sará el alma - desde su ser madre de Jesús hasta su ser “discípula” del hijo.

C. ILUMINACIÓN

En los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles, Lucas coloca a María en medio de la comunidad cristiana ofreciéndonos la perspectiva adecuada para entender su papel en la joven Iglesia: “Todos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús y de sus hermanos” (*Hch* 1, 14). Un texto importante que tiene para nosotros un doble significado, como las dos caras de una misma moneda: cristológico y eclesial. Cristológico en cuanto que María aparece estrechamente ligada a Jesús; con los discípulos, algunas mujeres, y de entre ellas sólo María es nombrada explícitamente en el grupo junto a la lista venerable de los apóstoles. Tal relieve nos da a entender la importancia que María tiene, por encima de otras mujeres y junto a los apóstoles, para los creyentes precisamente por ser “Madre de Jesús”. El misterio de la madre sólo se desvela en su estrecha vinculación con el misterio del hijo.

Pero a la vez, el texto de Lucas, en referencia a María, tiene también un valor marcadamente eclesial. La Madre de Jesús es la mujer creyente entre los creyentes que sostiene y anima la espera del Espíritu prometido. Los iconos orientales, como el que abre estas páginas, han expresado muchas veces, con la sobriedad y la riqueza teológica que los caracterizan, esta convicción. Vale la pena pararse un poco en él. Representando la ascensión del Señor, un conjunto armonioso da expresión a los grandes misterios de la fe: dos planos, en el superior, Jesucristo, cumplida la obra de la redención, vuelve al Padre al mismo tiempo que permanece presente en la Iglesia el Espíritu Santo. En el plano inferior el grupo de los apóstoles y en el centro, la imagen de María, columna y fundamento de la comunidad de los creyentes; su actitud orante nos evoca su papel de mediadora asociada a Cristo en la obra de la salvación. La línea recta entre la cabeza de Cristo y la de la Madre, en intersección con el horizonte, forman una cruz perfecta que evoca el misterio pascual, definitiva alianza de Dios con los hombres.

MARÍA DIÓ A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS

Madre en Belén, discípula por los caminos de Galilea hasta la cruz y creyente entre creyentes en la primera Iglesia. He aquí el camino que recorre María de Nazaret y que configura su propia historia. Será, también para nosotros, el itinerario de nuestra reflexión en las próximas páginas.

1. “DARÁS A LUZ UN HIJO”

El testimonio más antiguo de que disponemos en torno a la tradición del nacimiento de Jesús de una mujer, María, se lo debemos a Pablo. El texto de la carta a la comunidad de Galacia, nos recuerda que “cuando vino la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley” (*Gal 4, 4*). El Apóstol deja claro que la encarnación del Hijo de Dios se realiza a través del nacimiento de una mujer. No cabe duda de que suena complicado. Un dato que hay que colocar en el marco de la historia de la salvación y que enlaza la humanidad con la divinidad indicando el desconcertante camino escogido por Dios para llevar adelante su plan. Pablo no duda en poner de manifiesto lo que desde siempre ha sido la fe de la Iglesia: la maternidad divina de esa mujer, María de Nazaret, la madre de Jesús.

El texto paulino nos hace caer en la cuenta de otro dato importante que no podemos dejar pasar por alto: la humanidad de Jesús. He aquí el gran misterio de la encarnación, Dios se hace hombre en el seno de una mujer. Completamente hombre y completamente Dios, dirá la reflexión de la Iglesia en sucesivos concilios frente a quienes les repugnaba pensar en la idea de un Dios que se manchaba en el barro de los hombres.

“Darás a luz un hijo”, le anunció el ángel. María vivió, seguramente, el regalo de la maternidad con el asombro de cualquier mujer que engendra vida en sus entrañas y alumbra una criatura, pero —al mismo tiempo— en el misterio de la fe del que acoge sin reservas a Dios en su historia porque el que iba a nacer le ha sido señalado como “hijo del Altísimo”.

1.1. “Lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre...”

El nacimiento de Jesús es descrito en el Evangelio de Lucas con mucha sobriedad y con gran sencillez: “Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

porque no había sitio para ellos en la posada” (*Lc 2, 7*). Quizá lo de menos sea el precisar bien dónde María da a luz, en una posada o en una cueva, en un albergue o en un establo. Lo verdaderamente importante es el dato intencional del evangelista que pone de relieve las condiciones extremas del parto y la pobreza del que va a nacer. Todo el contexto y la austeridad del relato nos hablan de todo un Dios que se hace hombre entre los hombres en la sencillez de un niño recién nacido en el rincón más perdido de la tierra, sin estridencias, como quien llega de puntillas y sin hacer ruido desvelando así el auténtico rostro del misterio: la paradoja del “Dios-despojado-de-poder” en medio de los hombres.

Llama la atención un detalle que Lucas se esmera en poner de relieve en estos versos. Después de dar a luz, María envuelve al niño en pañales y lo reclina en un pesebre. Se trata de un signo, una señal dada a aquellos a los que en primer lugar les es anunciado el acontecimiento, los pastores: “El ángel les dijo: ‘No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre’” (*Lc 2, 10-12*). El ángel encargado de dar la “buena noticia” (*euangelion*) a los pastores desvela un gran misterio anunciado y esperado desde la noche de los tiempos: el mesías prometido ha hecho su aparición en medio del pueblo.

La sobriedad del inicio del relato contrasta con la viveza de la imagen del anuncio a los pastores. En medio de la oscuridad, la gloria del Señor envuelve de luz la majada y toda la corte celestial hace su aparición. Todo sucede en la “noche”. Y es que la “noche”, en la tradición y en la literatura judías, es tiempo de salvación, momento para los grandes eventos en la historia del pueblo de la promesa. El que ha nacido es llamado “salvador”, un título que nuestro autor utiliza también en el libro de los Hechos de los apóstoles (cfr. *Hch 5, 31; 13, 23*) y que es reservado normalmente en la literatura helenista a los reyes y a los dioses. Pero junto a tal atributo dado al niño recién nacido, el hijo de María es llamado “mesías” en la mención que el mensajero hace de la ciudad de David. Se trata, pues, del mesías esperado; pero, he aquí la novedad: éste será “Señor”, un título que en el Antiguo Testamento se

MARÍA DIÓ A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS

reservaba sólo a Dios y que señala que el acontecimiento supera todas las expectativas del pueblo. El Mesías que nace es Dios mismo en medio de su pueblo: “un salvador que es el Cristo Señor” (Lc 2, 11). La expresión, una vez más, tiene que ser entendida en el contexto del evangelio de Lucas. Al poner en labios del ángel este título cristológico, está proclamando el mismo kerigma pascual, es decir, está anticipando el acontecimiento de la pascua a los orígenes mismos de Jesús de Nazaret.

Los pastores, lo más bajo del pueblo, son los destinatarios primeros de esta “buena noticia” de parte de Yahveh y se convierten en testigos de cuanto acontece: “Y fueron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño” (Lc 16-17). Los pastores “ven” y “dan a conocer” cuanto han visto y oído como los testigos de la resurrección en la primera Iglesia. De la misma forma, Lucas anticipa también el lenguaje misionero y testimonial de los primeros pasos de la comunidad creyente a la infancia de Jesús. Así como el anuncio a María es el pórtico al misterio de Cristo, el anuncio a los pastores es concebido como la introducción al tiempo de la Iglesia y su misión en medio del mundo.

En el misterio de Cristo y de la Iglesia, unida a la Palabra, mujer, madre y creyente, María de Nazaret guardaba todas estas cosas en el corazón.

1.2. “Mis ojos han visto tu salvación...”

Otro texto en estos “evangelios de la infancia” reclama nuestra atención por su fuerte valor cristológico-mariológico. Los padres de Jesús, como fieles judíos cumplen lo prescrito por la ley para los primogénitos: la circuncisión al octavo día y, después de cuarenta días, tiempo establecido para la purificación de la madre después del parto (Lv 12, 1-4), la consagración del hijo al Señor en el templo.

En este contexto, Lucas describe el encuentro de María, José y el niño con Simeón, un anciano justo y piadoso que esperaba el cumplimiento de las viejas y esperanzadas profecías de Israel. El texto tiene una gran fuerza profética. Con acento mesiánico, el evangelista pone en boca del anciano palabras inspiradas en el Libro de Isaías (Is 42, 6; 49, 6) para

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

anunciar el destino de aquel niño que “será señal de contradicción” (Lc 2, 34). La salvación de Dios se hará patente en el recién nacido en quien Simeón, movido por el Espíritu, reconoce al Mesías esperado cuya misión supera los estrechos límites de Israel y es portador de salvación para todos los pueblos. El evangelista quiere insistir en la misión de Jesús, en estrecha relación con los relatos precedentes: se ha cumplido el tiempo y aquel que nos ha nacido es el mesías de Dios, salvación para los hombres.

Pero, ¿qué salvación? Un par de apuntes más para entender bien la intencionalidad de Lucas en el relato. En primer lugar, de nuevo, el signo. Aquel niño es, ante todo, un signo, una señal para Israel: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción” (Lc 2, 34). Se trata de un mensaje velado que causa extrañeza a quienes lo escuchan y coloca toda la escena en el ámbito del misterio de la fe. Este es el signo: Jesús bandera discutida, piedra desechada por muchos, piedra angular para otros. Señal contradictoria, escándalo para los paganos y vida plena para los que creen en él. Israel, a causa de Jesús, vivirá el drama de la división y su Buena Noticia irá mucho más allá de las fronteras del pueblo de la promesa porque rechazará al Mesías de Dios.

2. LA ESPADA DE LA FE

Por otra parte, Lucas fija su atención cuidadosamente en María, que aparece en el relato estrechamente ligada a su hijo. La mirada se vuelve hacia ella cuando las palabras del anciano se dirigen a la joven Madre: “... y a ti misma una espada te atravesará el alma” (Lc 2, 35). ¿Qué quiere decir este texto? ¿A qué se refiere la espada?

2.1. “Una espada te atravesará el alma...”

Han sido muchas las interpretaciones que se han querido dar a estos versos a lo largo de la historia. La piedad popular ha visto siempre en esta espada el dolor de la madre al pie de la cruz. Probablemente haya que ir más allá y entender esa espada profetizada por el viejo israelita como la espada que divide en dos al pueblo escogido: el resto fiel que reconoce y acoge el signo mesiánico y los que rechazan la Palabra.

MARÍA DIÓ A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS

Ciertamente, la perspectiva adecuada la tendremos sólo con María al pie de la cruz, cuando está próximo el final y sea difícil mantener la fe en aquel Maestro de Nazaret colgado de un madero a punto de morir. Es entonces, sobre todo entonces, cuando no resulta fácil reconocer el signo. ¿Qué quiere decir todo esto? Ni más ni menos que María habrá de recorrer también el camino del discípulo en el esfuerzo por “comprender” qué está diciendo Dios con todo aquello. También ella deberá crecer en la fe y la fe, cuando camina a la intemperie, se hace, frecuentemente, dolorosa.

La fe de María no es un mero privilegio, no: es el camino de una mujer llamada a vivir desde la libertad y con responsabilidad, la opción por Jesús de Nazaret, mesías de Dios, que transforma la vida y la compromete en el futuro liberador de los hombres. La fe de María no es sólo un don, es una fe a la intemperie, arriesgada y dolorosa.

2.2. “Y el niño crecía...”

Los datos de que disponemos en los evangelios no nos permiten intentar construir una “biografía” de María. Es verdad que la piedad popular ha dado cuerpo a ciertas tradiciones que han querido comprender la “historia de María” y que son fruto más bien del cariño del pueblo de Dios a la Madre de Jesús que de reflexiones asentadas sobre datos bíblicos. Los evangelistas no han querido hacer una “historia de María” en unos cuantos capítulos. Han querido, simplemente, hacer una reflexión de fe en torno a la Madre del Mesías así como era comprendida y vivida por las comunidades cristianas.

Así, queda claro que tampoco nosotros pretendemos contar la “vida de María”. Aunque la vida de la familia de Nazaret ha sido objeto de numerosas reflexiones “piadosas” recreadas en lo “dulce” y entrañable de la relación madre-hijo armonizadas hasta la exageración, los evangelios callan al respecto y se limitan a señalar sobriamente: “El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él” (*Lc 2, 40*).

Nos detenemos en un detalle más: Jesús y la familia de Nazaret son descritos, sencillamente, como fieles judíos cumplidores de la ley. Esta prescribía tres peregrinaciones al año, aunque de hecho, normalmente, la costumbre era la de realizar sólo una de ellas. Pues bien, Lucas se detiene a explicar el episodio

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

del pequeño perdido en el templo de Jerusalén, donde la familia había subido para cumplir con la prescripción pascual.

La escena tiene su punto central en las palabras de Jesús en medio de los doctores de la ley respondiendo a su madre: “¿Y por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (*Lc 2, 49*). Como el joven Samuel servía al Señor (*1 Sam 3, 17*), también Jesús se dedicaba al servicio del templo, en la enseñanza de la Palabra. Lucas quiere poner de relieve lo que será la línea fuerza de toda la actividad de Jesús, esto es, el anuncio de la Palabra, la Buena Noticia del Reino.

La respuesta causa extrañeza a María y a José que no llegan a entender. El niño, con sus palabras crea distancias y provoca rupturas con los suyos haciendo real desde el primer momento el anuncio profético de Simeón. Pero de nuevo aquí, para entender bien el relato, necesitamos caer en la cuenta de los reflejos pascales que encontramos en el texto. Es lógico que la primera comunidad cristiana afirme que Jesús es Hijo de Dios y tal convicción se proyecte sobre la infancia de Jesús. Pero aún nadie lo podía comprender y, por supuesto, tampoco sus padres.

De nuevo, el camino de la fe se presenta duro y difícil. No es sencillo entender el signo. María, por su parte, “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (*Lc 2, 51*), a la espera de ver más claro. La luz llegará sólo al final.

Y el niño creció en sabiduría ante Dios y ante los hombres. No encontramos ningún texto más en los relatos neotestamentarios sobre la infancia de Jesús. Los evangelistas omiten otros datos de aquellos años de «vida oculta». Surgirá, no obstante, una literatura paralela - la llamada literatura apócrifa - que con relatos maravillosos llenará las zonas vacías de los evangelios alimentando la piedad de los fieles en los primeros siglos.

D. PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.

MARÍA DIÓ A LUZ UN HIJO Y LO LLAMÓ JESÚS

2. ¿Conocías bien los “evangelios de la infancia”? ¿Te ha aportado algo esta reflexión?
3. El nacimiento de Jesús no es sólo un acontecimiento histórico sino que tiene un profundo significado teológico. ¿Qué valor puede tener este nacimiento para la sociedad laica en que vive nuestra Hermandad?
4. A María le profetizó el anciano Simeón: “una espada traspasará tu alma”. ¿Qué repercusión puede tener esta profecía en nuestra Hermandad más allá de los aspectos estrictamente cultuales? ¿Cuáles son, hoy, los dolores de María? ¿Los compartimos? ¿Cómo?

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO:

1º. A título personal.

2º. Como miembros de nuestra Hermandad.

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Oh Dios, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión materna de la que nos ha dado a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida. Que vive y reina contigo. (Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *La Virgen María, madre del Salvador*).

4. LA MADRE DE JESÚS ESTABA INVITADA

DE CANÁ A JERUSALÉN: MADRE, ESPOSA Y DISCÍPULA

A. OBJETIVOS

1. Recorrer con María de Nazaret su propio camino creyente como madre y discípula de su Hijo.
2. Profundizar en las nuevas relaciones que Jesús establece con la comunidad naciente, *los que escuchan la Palabra y la hacen vida*.
3. Comprender la actitud de María, seguidora de Jesús, ante la entrega del Hijo en la cruz.

B. MOTIVACIÓN

María recorre un camino creyente desde la experiencia de ser madre de Jesús hacia el seguimiento del Hijo en radicalidad hasta el final. En la fe, guardando todo en su corazón, la madre del Señor trata de escrutar los signos del proyecto salvador de Dios y adhiere a su voluntad confiada en su acción poderosa y misericordiosa.

Por los caminos de Galilea, junto a los discípulos de Jesús, aprenderá también ella a descubrir cómo imperceptiblemente el Reino está ya entre nosotros. Testigo de los signos que realiza Jesús, lee en profundidad la realidad y comprende el querer de Dios revelado en el Mesías, el Hijo, el Salvador.

Al pie de la cruz, la profecía que había adelantado que una espada le atravesaría el alma, parece cumplirse en su máxima expresión. Rotas las entrañas contemplando al Hijo sufriente, María persevera en la fe confiando en Dios a quien ha respondido “sí” con todas las consecuencias al ser asociada a la obra redentora. Junto al discípulo amado, es el icono del creyente que persevera hasta el final en el seguimiento del Maestro.

C. ILUMINACIÓN

Tras la muerte del Bautista, muy pronto se unió al Maestro galileo un buen grupo de seguidores, pobre gente, ‘pobres de Dios’ (*anawim*), que anhelaban el futuro mesiánico avivado en su memoria profética por el mensaje nuevo de Jesús de Nazaret. En los caminos de Galilea había comenzado a oírse, poderosa, la voz del profeta Juan: ¡Llegó el momento! Una voz grita... En el desierto ¡preparad un camino al Señor!

A Juan, el precursor asesinado por Herodes, le callaron la voz pero no su mensaje. La brecha estaba abierta y todo a punto para la irrupción en la escena de aquel de quien Juan había dicho: “aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no soy digno de llevarle las sandalias” (*Mt* 3, 11).

1. “¿QUIÉNES SON MI MADRE Y MIS HERMANOS?”

Es interesante y enriquecedor descubrir la discreta presencia de María de Nazaret en el grupo de seguidores de su hijo. Recorriendo el camino de la fe, la madre acompaña los pasos de aquel profeta galileo poderoso en obras y palabras escudriñando en cada acontecimiento el escondido proyecto de Dios del que ella misma formaba parte de una manera relevante. La oscuridad y el desasosiego forman parte del equipaje aun cuando son sostenidos por una confianza inquebrantable en aquel que le habló al corazón y la abrazó en el soplo del Espíritu.

1.1. “... Pensaban que estaba fuera de sí”

El evangelio más antiguo, el de Marcos, omite los relatos de la infancia. Es curioso que, además, el evangelista no nos dibuja una imagen demasiado positiva de los “parientes de Jesús” que vinieron a buscarlo, casi al inicio de su predicación, porque pensaban: “está fuera de sí” (*Mc* 3, 21). Junto a estos, Marcos coloca más adelante a la “familia” más cercana aludiendo incluso a su madre: “Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ‘¡Oye, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan!’. Él les responde: ‘¿Quién es mi madre y mis hermanos?’. Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor,

dice: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre’.” (Mc 3, 31-35). Hubiéramos esperado otra respuesta ¿No es cierto? El contexto es, desde luego, poco favorable para la familia de Jesús que responde un tanto destemplado a sus parientes. ¿Qué sentido tiene el relato? ¿Qué quiere decirnos Marcos con todo esto?

Es verdad que Jesús provoca algunas rupturas, pero para entenderlas bien, necesitamos levantar la mirada y buscar una perspectiva algo más amplia. El evangelista quiere ayudarnos a entender que Jesús, en efecto, rompe con el mundo cerrado y patriarcal de los judíos, relativiza los lazos de la carne y de la sangre y sale al encuentro de una «nueva familia», los perdidos, los últimos, que en plazas y caminos lo rodean pidiendo anhelantes una palabra nueva que los cure y enderece, que los sostenga y aliente, que los humanice y libere. Esta es la nueva familia de Jesús, los destinatarios del Reino preparado desde antiguo, más allá de los lazos de la carne y de la sangre: aquellos que escuchan la palabra y la cumplen. Unos versos más adelante, al inicio del capítulo cuatro, la parábola del sembrador da la clave justa desde la que interpretar también este texto: “lo sembrado en tierra buena son los que oyen la Palabra, la acogen y dan fruto” (Mc 4, 20).

1.2. “Bienaventurado el seno que te llevó...”

Mateo y Lucas recogen también esta tradición, pero ambos suavizan mucho la aspereza del texto de Marcos. Es significativo que Mateo, por ejemplo, no conserve en su catequesis la indicación de que Jesús “estaba fuera de sí” intentando, además, eliminar cualquier tensión entre los parientes de Jesús y la comunidad cristiana. A pesar de todo, el evangelista conserva la enseñanza, semejante a la de Marcos, en torno a los nuevos lazos familiares entre los discípulos del Maestro (Mt 12, 46-50): hay una nueva forma de relación, la de aquellos que sin llevar la misma sangre viven la palabra y siguen las huellas de Jesús de Nazaret.

También en Lucas, la tradición sobre la familia de Jesús ha perdido cualquier connotación negativa (Lc 8, 19-21). Fiel a los capítulos precedentes, la figura de María es realzada también en esta ocasión de labios de una mujer del pueblo cuya alabanza

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

orienta el evangelista hacia María: “Alzó la voz una mujer de entre la gente y dijo: ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!’. Pero él dijo: ‘Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan’.” (*Lc* 11, 27-28). Como mereció la alabanza de Isabel cuando, tras el saludo de María el niño saltó de gozo en su vientre, en esta ocasión se apunta a la verdadera grandeza de la madre de Jesús: su ser creyente y discípula. Seno y pecho son los de María, la madre que engendró y nutrió al que nació de lo alto. Ella es la oyente de la Palabra, creyente y bienaventurada, madre y discípula, resto fiel e Hija de Sión que invita a la Iglesia a gestar la Palabra en todo tiempo y a darla a luz “para que tengan vida y vida en abundancia” (*Jn* 10, 10).

2. “HACED LO QUE ÉL OS DIGA”

“Había una boda en Caná de Galilea...” (*Jn* 2, 1-12). Seguro que conoces bien el texto. Se suele proclamar en las celebraciones marianas. Tanto, que casi ya no le prestamos atención porque lo suponemos “sabido”. Es curioso que, sin embargo, se trate de un texto de marcado acento cristológico. Para Juan, la figura de María es significativa, sobre todo, por su vinculación al hijo y, por tanto, para interpretar el texto de Caná de Galilea se deberá tener en cuenta el entrelazarse continuo de ambas dimensiones - cristológica y mariológica - en la elaborada teología del cuarto evangelio.

¿Recuerdas lo que afirmamos al inicio de nuestro camino? El misterio de María sólo se entiende desde el misterio de Cristo. Esta es, justamente, la perspectiva de Juan. Su preocupación respecto a María estará centrada en aclarar el lugar que ocupa en el plan salvador de Dios. En el relato de las bodas de Caná no podemos perder de vista esta perspectiva: Juan nos habla del “primer signo” de Jesús en estas “bodas mesiánicas” en las que María, la mujer, tiene un papel fundamental.

Pero, ¿de qué bodas se trata? Parece claro que Juan no quiere centrar nuestra atención sobre la boda en sí, de la que se nos dice muy poco. De la estructura del texto es posible deducir que los personajes centrales no son, ciertamente, los novios sino Jesús y su madre.

La comprensión del signo de Caná de Galilea nos hace encaminar nuestros pasos hacia el Calvario y fijar nuestra mirada

en la cruz. Allí, como aquí, encontramos también a la madre, testigo del primer signo y dolorida espectadora de los últimos momentos. Todo un arco de fidelidad siguiendo al hijo tensa la espera al pie de la cruz, confiada en que Dios no ha dicho aún su última palabra.

2.1. “Mujer, no ha llegado mi hora”

Son difíciles las interpretaciones que intenten agotar todos los elementos del relato. Será importante, para nuestra comprensión, no perdernos en elementos “externos” y tratar de leer el texto con la adecuada interpretación del autor: el signo de Jesús Mesías y las bodas mesiánicas.

Sin olvidar esta óptica, la intervención de María: “no tienen vino”, no es más que la constatación, al tiempo que una sugerencia discreta, de un hecho que le preocupa y que espera una respuesta. Creemos sencillamente que la intervención de María es un puente trazado hacia la respuesta de Jesús, centro del relato, en el intento del evangelista Juan por señalar la importancia del signo y con él la llegada de un orden nuevo, la llegada del Reino.

El término “mujer” con el que Jesús se dirige a su madre hay que entenderlo en el uso que el evangelista hace del mismo a lo largo de su evangelio. Se refiere a María con el mismo término en el momento supremo de la cruz. La palabra “mujer” tiene aquí las mismas resonancias que en *Jn* 19, 26: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Así, desde Caná, es necesario mirar lejos, al Calvario, porque sólo al final el signo de Caná de Galilea podrá ser entendido. La palabra mujer deberá ser leída desde la cruz, como quien mira hacia atrás después de un largo camino y es capaz de descubrir cuánto ha caminado. Sólo al final se descubre que aquellos primeros fatigados pasos tuvieron sentido.

El tema joánico de “la hora” es otro término técnico que Juan utiliza para expresar el momento de la pasión y de la resurrección de Jesús. Hacia él tienden todos sus signos, todos los acontecimientos, como el vértice de un camino que se estrecha en el horizonte y hacia el que convergen todos sus pasos. La teología de Juan acentúa el elemento de «la hora» como el momento supremo del itinerario de Jesús, el gran signo, el único signo desde el que poder interpretar todos los demás. De alguna manera, ya en Caná de Galilea, donde Jesús “dio

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

inicio a sus signos”, se plantea una cita con la cruz cuando “llegue la hora”.

¿Por qué la respuesta inesperada de Jesús a su madre? Las intervenciones de María y de Jesús están en dos planos distintos. María piensa en el vino de las bodas y quiere, simplemente, informar a Jesús de la situación con la esperanza de que pueda hacer algo. Jesús en su respuesta pasa a otro nivel, a un nivel simbólico. Es el paso de las realidades de cada día a la realidad de la fe, del plan de Dios, de la historia de la salvación. Jesús se refiere a otro vino y a otras bodas. El evangelista coloca a Jesús en un plano superior, más allá de la circunstancia, en el ámbito de la revelación, del dar a conocer, del desvelar la misión que tiene por delante y para la que ha sido enviado: el cumplimiento del tiempo, la llegada de los dones mesiánicos.

2.2. El “vino bueno” y las “bodas mesiánicas”

El término vino en la tradición bíblica está cargado de simbolismo. En la Escritura el vino es uno de los elementos más importantes del festín mesiánico (*Am* 9, 13-14; *Jl* 2, 24; *Is* 25, 6); en el Cantar de los Cantares (*Cant* 1, 2. 4: 4, 10; 5, 1) el vino está estrechamente ligado a la celebración de la unión esponsal y en la literatura sapiencial se estrecha la relación entre el vino y la sabiduría (*Prov* 9, 5). En el Nuevo Testamento, Mateo hace referencia explícita al vino de la nueva alianza (*Mt* 9, 17). Rica simbología, pues, que nos habla de profecía mesiánica, horizonte escatológico, promesa de Dios, dones de plenitud.

Aplicando tal simbología a las palabras de Jesús en el texto de Caná, el “vino bueno” no puede ser otra cosa que los bienes mesiánicos de los que Jesús es portador y que inauguran los tiempos nuevos. Las viejas tinajas de piedra que estaban allí para la purificación de los judíos simbolizan, por otra parte, la ley antigua, caduca y vacía que han de ser colmadas con el vino nuevo del evangelio, de la buena noticia del Mesías de Nazaret. Es el paso de la ley antigua, sin sentido ante los tiempos nuevos, a la Verdad que es Jesús (*Jn* 14, 6).

El análisis detenido del texto nos permite afirmar que los dos protagonistas del relato no son los novios, sino Jesús y María. Unas palabras de San Agustín en uno de sus tratados comentando

el relato de Caná lo expresan a la perfección: “El esposo de estas bodas representaba a la persona del Señor; es a él a quien se dice: ‘Tú has guardado el vino bueno hasta ahora’. Este vino bueno, Cristo lo ha reservado hasta ahora: es su evangelio”. La boda, símbolo de la unión esponsal de Yahveh con su pueblo, alcanza un valor simbólico y novedoso en el relato de Caná. Juan realiza en su construcción teológica una transposición de personajes en estas peculiares bodas en las que Jesús es el verdadero esposo de la Nueva Alianza.

2.3. ...Y creyeron en él

Para Juan, el relato de las bodas tiene también otro sentido fundamental: el signo de Jesús por el que sus discípulos “creyeron en él”. En Caná Jesús “dio comienzo a sus signos”. A la luz de cuanto acabamos de reflexionar, podemos entender mejor qué significa este comienzo de los signos. Caná es el símbolo de la nueva alianza que Dios renueva con Israel en Jesús de Nazaret, el esposo del nuevo pueblo, que ahora inicia y que llegará a plenitud en el misterio pascual, la hora que está por llegar y que es anticipada en Caná de Galilea.

Creyeron en él sus discípulos. El signo es asombroso: el vino es bueno y abundante. Algunos “ignoraban de dónde era” (*Jn* 2, 9), pero los que “vieron el signo” y creyeron sí que saben de dónde viene: viene de lo alto, viene de Dios que actualiza su salvación en medio de su pueblo y renueva su alianza en Jesús de Nazaret, el único signo.

2.4. Mujer, Hija de Sión, madre y esposa

Quizás ahora, después de comprender mejor el texto de Juan, estemos en condiciones de preguntarnos: ¿qué lugar ocupa María en el relato? ¿Qué sentido tiene para la fe de la primera comunidad cristiana?

Tendríamos que deshacer, en primer lugar, un equívoco comúnmente aceptado. Son numerosos los textos que en la piedad popular presentan a María como intercesora en el relato de Caná, es decir, como aquella que consigue o “arranca” el milagro de Jesús. No es este el sentido fundamental del texto joánico. No es verosímil el que María pidiese a Jesús un milagro y que parece más probable entender la intervención de

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

María como puente hacia la respuesta de Jesús que es lo que verdaderamente interesa al evangelista. Es verdad que la intervención de María provoca la respuesta de Jesús y, por consiguiente el signo. Pero deducir de aquí la función mediadora de María quizás sea forzar demasiado la intencionalidad teológica del autor.

Es preferible tratar de entender la figura de María con las claves teológicas que colocan la figura de la madre en un horizonte más amplio que el meramente subjetivo y la sitúan en el marco global de la historia de la salvación.

Jesús llama a su madre “mujer”. No cabe duda de que semejante título extraña en los labios de un hijo para dirigirse a su madre. Pero si tratamos de superar el aspecto negativo que parece sugerir esta especie de reproche de Jesús, quizás podamos ver con más claridad que de nuevo su intervención se sitúa en un plano diferente. El contexto es el de la manifestación del mesianismo del hijo y parece como si el evangelista nos quisiera hacer comprender que las relaciones con su madre comienzan a ser diferentes. Ya no se trata sólo de vínculos entre madre e hijo sino que, más allá de la sangre, María ejerce un papel importante en la historia de la salvación.

La exégesis actual ofrece dos posibles interpretaciones teológicas del término “mujer” en este contexto. Hay quien identifica sin más el término “mujer” con Eva y por tanto no le es difícil acudir a la fecunda tradición eclesial “María, nueva Eva” para explicar el sentido de la expresión.

Pero es preferible volver a la categoría “Hija de Sión” que ya comentamos con anterioridad. En efecto, la Sión de los tiempos escatológicos en la tradición bíblica se haya representada por una mujer. Desde este trasfondo histórico-salvífico parece más acertado interpretar el uso de la expresión “mujer” por parte del evangelista. Así María, la mujer, sería identificada en la teología de Juan como la realización histórica de la “Hija de Sión”, resto fiel, heredera de las promesas mesiánicas y destinataria del «vino nuevo» de la nueva alianza.

En María se funden dos planos distintos en este relato joánico: el plano histórico, porque María es madre de Jesús; y el

plano simbólico, porque la madre es, además, símbolo de la “mujer”, la Hija de Sión, el nuevo pueblo.

3. «AHÍ TIENES A TU MADRE»

Un conocimiento más adecuado del pensar teológico de Juan nos permite, en estos tiempos, comprender mejor el hilo conductor que sostiene y orienta toda la reflexión del cuarto evangelio. Así, no nos será posible, por ejemplo, interpretar aisladamente el episodio de María y el discípulo amado al pie de la cruz sin tener en cuenta la estrecha relación de estos versículos (Jn 19, 25-27) con algunos de los temas clave del evangelista como el de la “hora”, la “mujer”, el “nuevo pueblo” o las “bodas mesiánicas”.

En efecto, la escena al pie de la cruz resulta paralela al texto de las bodas. Ya hemos señalado que Caná era una cita con la cruz y que entre Caná y Jerusalén se tensaba el arco de fidelidad del Mesías de Dios a su proyecto liberador. Primer signo, el de las bodas, sólo comprensible desde el monte y el signo definitivo: la cruz. Llegó la hora decisiva, el momento supremo de dar la vida y darla toda. Este es el único signo a la luz del cual hemos de interpretar todo el acontecer de la historia de aquel galileo que trae consigo, a manos llenas, un vino nuevo.

3.1. “Todo está cumplido”

Dos expresiones, de modo particular, nos ayudan a ver con mayor claridad el paralelismo entre el relato de las bodas y el episodio al pie de la cruz. En efecto, en ambos textos aparecen dos de los «enigmáticos» términos utilizados por el evangelista: la “mujer” y la “hora”.

Como la expresión “mujer” aplicada a María en el texto de las bodas debe entenderse teniendo presente las antiguas profecías que hacían referencia a la Hija de Sión, del mismo modo, al pie de la cruz, Jesús llama a María “mujer”. Tal coincidencia, ciertamente no casual, nos dice que habría que interpretar también este texto desde una perspectiva claramente mesiánica.

En este sentido, más allá de una lectura simplemente “piadosa” o “filial” de las palabras del crucificado que entrega su madre a los discípulos, habría que hacer hincapié, sobre todo, en

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

el cumplimiento de la misión mesiánica de Jesús que alcanza su plenitud en la “hora” señalada.

“Jesús, sabiendo que todo estaba ya cumplido...” (*Jn* 19, 28). ¡Qué lejos queda, y al mismo tiempo qué cerca, aquel primer signo en Caná! El contexto mesiánico de entonces prevalece también en estos versículos en los que el evangelista construye su relato en torno a la “hora de la cruz”, fuente inagotable de salvación de donde brota el “vino bueno”. Pues bien, en este momento supremo, en el que todo parece estar cumplido, Juan coloca las palabras de Jesús a su madre y al discípulo amado. En ambos personajes, al pie de la cruz, está representado el nuevo pueblo que nace de la Pascua. Parece como si el texto nos desvelara que sólo después de esta escena la misión mesiánica del profeta galileo pudiera estar definitivamente consumada.

3.2. “Mujer, ahí tienes a tu hijo...”

Pero dediquemos un poco de atención a las palabras de Jesús en los versos 25-27. Interpretaciones recientes coinciden en señalar que Juan ha utilizado un esquema teológico-literario repetido en otros lugares de su evangelio. Jesús quiere revelar al discípulo amado que su madre será también la madre del propio discípulo: “He ahí a tu madre... He ahí a tu hijo”. El término utilizado por el evangelista al referirse a María y llamarla “mujer”, le da al texto una riqueza aún mayor, si tenemos en cuenta las fuertes resonancias que el término tiene en el contexto histórico-salvífico en el que nos movemos.

Así, Juan nos quiere dar a entender una nueva relación entre “madre” e “hijo”, relación marcada por el surgir del tiempo nuevo, del tiempo mesiánico. Efectivamente, ambos personajes no sólo figuran en la reflexión joánica a título personal. Por el contrario, ejercen una función claramente representativa. Por una parte, el “discípulo amado” que la tradición ha identificado habitualmente con Juan representa a todo seguidor de Jesús que con fidelidad camine tras las huellas del Maestro por senderos de autenticidad; en el discípulo amado están representados todos aquellos que viven a la luz del Espíritu y han acogido con gozo la Buena Nueva del Reino.

Por otra parte, María, la “mujer”, es imagen de la Hija de Sión según la tradición profética. En la cruz, Jesús inaugura la nueva

LA MADRE DE JESÚS ESTABA INVITADA

Sión, el nuevo pueblo personificado ahora en la Madre del Señor en la que nacen nuevos y numerosos hijos.

María, madre de los discípulos del Hijo, es, en fin, imagen de la Iglesia. Sin poder olvidar el sentido tipológico que la figura de María indudablemente tiene, al mismo tiempo, la reflexión eclesial fundamentará en estos versos el título de “Madre de la Iglesia” atribuido a María. Es decir, desde un punto de vista personal —no solamente tipológico— María es Madre de Jesús y es dada a los creyentes como madre de toda la Iglesia. Según la reflexión de Juan, María será, a un tiempo, imagen y madre de la Iglesia.

Después de habernos detenido en los principales datos que la Escritura nos ofrece sobre María de Nazaret, iniciamos un nuevo trecho en el camino, desvelando la reflexión que - siempre profundizando en la Escritura - la comunidad creyente ha hecho a lo largo de los siglos en torno a la Madre del Señor. Una reflexión que ha ido configurando la tradición y articulando la fe de los creyentes.

D. PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.
2. ¿Cómo percibes el camino de fe que recorre María? ¿Crees que es una fe que descubre y madura poco a poco el proyecto de Dios sobre ella, o, por el contrario, María lo “sabía ya todo desde el principio”? ¿Qué camino de fe estás recorriendo tú?
3. María debió pasar de su condición de madre a la condición de discípula. ¿Nuestra Hermandad aparece realmente a la sociedad actual como un grupo de “discípulos de Cristo” conscientes y comprometidos?
4. ¿Qué te ha sugerido la reflexión en torno al texto de Juan 19, 25-30: María al pie de la Cruz? ¿Cómo afrontamos personal o familiarmente el problema del dolor?

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

¿Nuestra Hermandad está comprometida en luchar contra el dolor en las múltiples formas en que se presenta?

5. ¿Qué puede aportar la experiencia creyente de María de Nazaret a la experiencia de fe de nuestra Hermandad? ¿Vive nuestra Hermandad con criterios de Fe? ¿son más bien criterios políticos o directamente humanos los que nos guían?

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO

1º A título personal:

2º. Como miembros de nuestra Hermandad.

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Señor, Padre santo, que quisiste, por disposición admirable, que la bienaventurada Virgen María estuviese presente en los misterios de nuestra salvación, concédenos, atendiendo a las palabras de la Madre de Cristo, hacer aquello que tu Hijo nos ha mandado en el Evangelio. Por nuestro Señor Jesucristo. Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *La Virgen María de Caná*).

5. DIOS HA HECHO GRANDES COSAS EN MI

MARIA, MADRE DE DIOS Y VIRGEN

A. OBJETIVOS

1. Conocer el pensamiento de la Iglesia sobre María a lo largo del tiempo.
2. Profundizar en el contenido de los dogmas marianos de la maternidad divina y la virginidad.
3. Situar adecuadamente el contenido de la fe bíblico-ecclesial sobre María a la luz del misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia.

B. MOTIVACIÓN

La comunidad cristiana ha experimentado siempre a María como un gran tesoro sobre el que velar. Aunque los primeros pasos de la reflexión teológica de la Iglesia giraban —no podía ser de otro modo— en torno al misterio pascual y desde él alrededor de todo el misterio de Cristo, la figura de la madre ha estado siempre presente en la fe de los creyentes que la han valorado, amado y celebrado como la madre del Señor.

Ciertamente, no podemos hablar de una verdadera «mariología» en el quehacer teológico de los padres de la Iglesia en los primeros siglos, pero sí que encontramos en sus escritos rasgos de una teología mariana en formación cuya nota más característica es su relación con Cristo y con la obra salvadora de Dios. Reflexionar sobre el Hijo traía consigo el profundizar en la madre; ahondar en el misterio salvador de Cristo llevaba a los cristianos a preguntarse sobre el papel privilegiado de María de Nazaret en el proyecto de Dios.

Fue así como la Iglesia recorrió un largo camino articulando de una forma cada vez más clara su pensar sobre María. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué papel juega en la historia de la salvación? ¿Qué supone para los creyentes en el hoy de la Iglesia? Muchos interrogantes que sólo encontraron respuesta en la profundiza-

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

ción de los datos de la Escritura y en el sentir de los fieles que, alentados por el Espíritu a lo largo de los siglos, fue alimentando una robusta tradición en torno a la madre de Jesús.

C. ILUMINACIÓN

En los dos primeros siglos de la historia de la Iglesia se pusieron ya las bases para el desarrollo de la doctrina mariana que cristalizará después en los grandes concilios ecuménicos. Pero al mismo tiempo que se desvelaba el misterio de la madre de Jesús, la Iglesia tuvo que hacer frente a falsas interpretaciones de la Escritura que hicieron surgir numerosas herejías. Alejarse del judaísmo y combatir la gnosis fueron las preocupaciones más acuciantes de aquellos primeros “teólogos” que fueron los padres de la Iglesia. Momentos difíciles en los que la comunidad cristiana sintió la urgencia de perfilar el contenido de la fe, marcando bien las diferencias con aquellos que desde el error invocaban el nombre de Cristo. Pero los movimientos heréticos, además de ser dolorosos, contribuyeron notablemente a clarificar el pensamiento teológico sobre María.

1. MARÍA, *THEOTOKOS*

Es difícil - y no lo podemos pretender - hacer una historia del dogma en tan sólo unas páginas. Pero sí quisiéramos esbozar los elementos fundamentales que la comunidad creyente ha ido atesorando a lo largo de los siglos en torno a la figura de María en el “depósito de la fe”. Una de las principales cuestiones que preocupará a los padres en estos primeros compases de la historia de la Iglesia será, sin duda, la maternidad divina de María, una reflexión que avanzará en paralelo con el desarrollo del pensamiento cristológico en las distintas comunidades.

1.1. Jesús, ¿hombre o Dios?

Parece bastante lógico que en el desarrollo del pensamiento cristiano la preocupación de la Iglesia se centrara, en principio, sobre la persona de Cristo, precisamente porque en él se “jugaban” la propia identidad como comunidad de fe y la misma salvación de Dios en la historia de los hombres.

Se trataba, en un primer momento, de clarificar quién era ese Jesús muerto y resucitado, Señor de la historia, Mesías y Salvador. ¿Era hombre o era Dios? ¿O las dos cosas a la vez? Y si era así...

¿Cómo había que entender tal afirmación? No fue fácil la respuesta a todas estas preguntas. Los padres de la Iglesia trataron de clarificar el misterio de Cristo articulando el sentir eclesial con los términos filosóficos que la cultura de su tiempo les ofrecía.

1.1.1. Cristo es consustancial al Padre

La herejía de Arrio, un presbítero de la iglesia de Antioquía, fue la ocasión más propicia para que el emperador Constantino convocase el Concilio de Nicea en el año 325. Arrio afirmaba que el Hijo no coexistía desde la eternidad con el Padre. El Verbo era una criatura y sólo era Dios en sentido “figurado”. Los padres reunidos en Nicea confesaron que Jesucristo es generado, no creado, de la misma sustancia (*omoousios*): Dios verdadero de Dios verdadero. Y condenaron la herejía de Arrio (cfr. DS 125).

Ciertamente, el concilio de Nicea no hizo referencia explícita a la madre de Jesús, pero la afirmación de su divinidad hizo posible también más tarde la reflexión sobre la maternidad divina de María: ¿María es sólo madre de Cristo en cuanto hombre? ¿Lo es en cuanto Dios? ¿Qué sentido tiene la maternidad de María?

1.1.2. Verdadera “Madre de Dios” (Theotókos)

La fe eclesial, reafirmada en los concilios de Nicea y Constantinopla I^o, proclama con claridad las dos naturalezas de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, pero sin aclarar cómo estas dos naturalezas están unidas en la persona del Verbo encarnado. Hacia finales del siglo IV el pensamiento teológico se centrará en esta cuestión cristológica que encontrará una formulación magisterial definitiva en los concilios de Efeso (431) y Calcedonia (451). En torno a esta misma cuestión se plantea el problema del intercambio de atributos (“comunicación de idiomas” en expresión técnica) entre las dos naturalezas de Cristo. La unión de ambas naturalezas (divina y humana) es tal, que aquello que podemos decir de la naturaleza humana de Cristo se puede decir también de la naturaleza divina y viceversa.

En pleno siglo V (430) el Patriarca de Constantinopla, Nestorio, se hizo portavoz de un movimiento herético que tomó su nombre: los nestorianos. Consideraba a Cristo como un compuesto, de dos personas: por una parte, el sujeto humano; por otra, el sujeto divino. Cristo sería el resultado de la unión de ambas.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

El concilio de Efeso tomará cartas en el asunto, condenará a Nestorio y afirmará la completa unidad de naturalezas en la única persona del Verbo encarnado. En esa única Persona subsisten de modo íntegro e in-confuso las características de la humanidad y de la divinidad (cfr. *DS* 250).

Paralela a esta reflexión cristológica se plantea la conveniencia o no de utilizar el término ‘Madre de Dios’ (*theotokos*) aplicado a María. Según Nestorio, sería incorrecto decir que María es Madre de Dios. María será, en todo caso, madre de Cristo en quien Dios habitó. Pero en su rechazo del nestorianismo, el concilio de Efeso proclamó sin reservas la maternidad divina de María llamándola “Theotókos”, es decir, madre del Verbo encarnado.

1.2. La maternidad divina

La maternidad divina de María no hace referencia, claro, a la naturaleza de la madre de Jesús, sino a la naturaleza divina del hijo engendrado. En una de las más antiguas oraciones dirigidas a María los cristianos rezaban: “Bajo tu protección nos refugiamos, oh Madre de Dios”. No puede ser, ciertamente, la expresión piadosa de un cristiano solo. Será la expresión de fe del pueblo de Dios que invoca a María como “Madre de Dios”. La maternidad divina de María pertenece al depósito de la fe de la Iglesia desde muy antiguo. Es verdad que en ningún lugar de la Escritura se utiliza la expresión literal “madre de Dios”, pero en muchos de los textos a los que nos hemos referido encontramos en germen el sentir de la Iglesia sobre este tema.

Históricamente, el título “Madre de Dios” alcanza su formulación dogmática en el concilio de Efeso en el año 431. Aclaradas las cuestiones cristológicas en torno a la unión de la humanidad y la divinidad en la única persona de Cristo, Verbo encarnado, el camino estaba libre para expresar con claridad que María es “madre de Dios”.

María es madre del Verbo encarnado, completamente hombre y completamente Dios. La humanidad y la divinidad en él son dos dimensiones inseparables porque ambas forman una única realidad personal a la que llamamos Jesucristo, Palabra del Padre hecha hombre.

1.3. María, madre nuestra

En el misterio de la encarnación, la maternidad divina nos desvela el deseo de Dios de llevar adelante su plan liberador contando con el hombre y con su libertad. Pudo escoger otro camino, ¡claro!, pero Dios quiso contar con el sí de María para renovar definitivamente su promesa de fidelidad a los hombres. En su sí se encierra toda la capacidad del hombre de adherirse al Dios que sale a su encuentro y le propone caminos nuevos de libertad.

Si hemos entendido bien el dato del dogma, comprenderemos sin particular dificultad que la maternidad divina en María tiene una importancia enorme para los creyentes. El acontecimiento no se agota en el hecho personal de ser la madre de Jesús sino que además trasciende los límites individuales y hace ocupar a María un particular papel en la historia de la salvación. Así, la maternidad física se alarga en la maternidad espiritual a todos los hombres que la invocamos como “madre nuestra”.

El relato de Caná (*Jn* 2, 1-12), donde María aparece como la esposa de las bodas mesiánicas y el episodio al pie de la cruz (*Jn* 19, 25-27), en el que María es entregada al discípulo amado como madre, nos han puesto de relieve que en su relación única con Cristo, María se convierte en madre de los discípulos del Hijo. En este sentido se expresó en numerosas ocasiones el Concilio Vaticano II: “(María) está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados: más aún, es ‘verdaderamente madre de los miembros (de Cristo), ... por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza’; por lo que también es saludada como miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia, y también como prototipo y modelo destacadísimo en la fe y caridad y a quien la iglesia católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad como Madre amantísima” (*LG* 53).

2. MARÍA, LA VIRGEN MADRE

Para la comunidad creyente, la concepción de Jesús en el seno de María por la acción del Espíritu Santo ha sido siempre un dato indudable del patrimonio de la fe. Pero también ha suscitado perplejidad y reacciones contrarias en aquellos que no quieren

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

aceptar semejante realidad. No faltan pues, desde muy pronto, controversias en torno al tema. Aún hoy, las dificultades para aceptar un hecho semejante son numerosas y los interrogantes planteados por la mentalidad contemporánea no hacen fácil su comprensión.

Independientemente de las reservas culturales frente al tema, lo que aparece cierto es que, desde los orígenes mismos, para los cristianos la maternidad divina de María aparece ligada inseparablemente a su virginidad. No queremos entrar en las diferentes y polémicas interpretaciones actuales en torno al tema, pero sí preguntarnos: ¿Qué significa en la tradición la expresión “la siempre virgen”? ¿Cómo habría que entenderla? ¿Qué consecuencias tiene tal afirmación para la fe de los creyentes hoy?

2.1. El testimonio de la virginidad de María en la Escritura y en la Tradición

Vale la pena recordar, también en esta ocasión, que nuestro acercamiento a la Escritura no puede hacerse desde planteamientos exclusivamente históricos y racionales. Bien sabemos que los libros de la Escritura no fueron compuestos como documentos científicos en el sentido en que hoy entendemos esta expresión. Son únicamente el fiel reflejo de una experiencia de fe vivida en el seno de un pueblo o de una comunidad cristiana transmitida como testimonio y propuesta para otras comunidades y otras generaciones. Desde este punto de vista, los textos del Nuevo Testamento están escritos como expresión del «creer» de las primeras comunidades cristianas, de tal manera que nuestro acceso a Jesús sólo es posible a través de la experiencia de fe de aquellos hombres y mujeres de la primera hora, testigos privilegiados del acontecimiento de Cristo.

Así, el dato de la virginidad de María en las tradiciones neotestamentarias no se apoya en un argumento racional ni pretende ser una prueba demostrable científicamente, sino más bien es expresión de la fe de la Iglesia, todavía en germen, que a su vez necesita ser explicitada por la tradición posterior.

2.1.1. “He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz...”

Tradicionalmente la concepción virginal de Jesús ha sido leída a la luz de las profecías del Antiguo Testamento. En particu-

lar, en el libro de Isaías leemos: “Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel” (*Is* 7, 14). El texto hay que situarlo en el contexto histórico al que hace referencia. Dios promete un signo al rey Ajaz: el nacimiento de un hijo, Ezequías, que asegurará la continuidad de la dinastía de David. Pero el oráculo de Isaías, que utiliza el nombre de “Emmanuel”, Dios con nosotros, atribuido al que va a nacer, ha sido leído frecuentemente, más allá de la sucesión dinástica, en la clave de una intervención de Dios en la llegada del Reino mesiánico.

Este texto se ha interpretado en la tradición cristiana como el anuncio del nacimiento de Cristo. Es más, la traducción griega del texto utiliza el término “virgen” en vez de “doncella” o “muchacha”. Así, el evangelista Mateo reconocerá aquí, y así lo interpreta en su evangelio, la concepción virginal de Jesús (*Mt* 1, 23).

Hoy se tiende, también en lo que a la concepción virginal se refiere, a matizar mucho más la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Si bien es verdad que podemos hablar de continuidad entre ambas tradiciones, también es necesario señalar, al mismo tiempo, la enorme discontinuidad entre las mismas cuando descubrimos la auténtica novedad de Jesucristo, acontecimiento que desborda, con mucho, todas las expectativas de Israel.

Resulta, por eso, insuficiente la conexión entre el texto de Isaías y la tradición cristiana de la concepción virginal. No podemos negar, con todo, que aun cuando “el Antiguo Testamento no es capaz de explicar lo que sucede en el nacimiento de Jesús, nos pone ya en camino de entenderlo” (X.Pikaza).

2.1.2. Algo más que un género literario

¿Cómo entender, pues, la concepción virginal en los textos de *Lc* 1, 26-38 y *Mt* 1, 18-25? La historicidad de la concepción virginal no es una cuestión que pueda resolver la mera exégesis de los textos. Es la tradición eclesial la que ha entendido y creído siempre la concepción virginal como un hecho histórico que da sentido y fundamenta la misma filiación divina de Jesucristo, Hijo del Padre, testimoniada en los relatos evangélicos de origen apostólico.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Podremos hablar, además, de la concepción virginal como «símbolo»: un símbolo que no anula, de ninguna forma, la dimensión histórica del acontecimiento. ¿Símbolo de qué? Símbolo de la nueva creación, del hombre nuevo - segundo Adán, Cristo -, generado por el Espíritu; expresión de la profunda relación del hombre con Dios, de su vocación a ser profundamente hombre, “muy semejante” a Dios. En este contexto interpretativo, María, la madre de Jesús es la verdadera Eva que en su entrega libre y gratuita acoge la Palabra y la hace fecunda en la historia por la acción del Espíritu.

El dato tradicional de la virginidad de María, presentado en la Escritura, de la virginidad de María es ante todo una verdad cristológica. La clave de lectura no puede ser sólo el “privilegio” de María de ser virgen, sino sobre todo y ante todo Cristo, el hombre nuevo, Hijo del Padre, que concebido en el seno de María por la fuerza del Espíritu constituye el inicio de la nueva creación.

2.1.3. El símbolo de fe

Lo cierto es que, desde siempre, la comunidad creyente ha creído y celebrado a María como virgen y madre. Uno de los más antiguos himnos a la Madre de Dios que se conocen expresa esta verdad con singular belleza:

«¡Ave, Virgen elegida de Dios!
¡Ave, oh Santa!
¡Ave, Amable y Bella!
¡Ave, Agraciada!
¡Ave Intacta!
¡Ave, Incontaminada!
¡Ave, Virgen y Esposa!».

La virginidad de María pertenece, ciertamente, al depósito de la tradición cristiana y como tal aparece en los Credos que en los primeros siglos de la Iglesia testimoniaban la fe de los creyentes. La primera vez que encontramos la expresión “siempre virgen” aplicada a María en un símbolo de fe es en el siglo IV, en el llamado “Símbolo de San Epifanio de Salamina”, que después será recogido por los concilios sucesivos: Constantinopla I^o (381) y sobre todo en Calcedonia (451), que con su carácter ecuménico

lo aceptará como expresión de fe de toda la Iglesia universal: “(...) que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre” (DS 150).

En el siglo pasado, Pablo VI, en el llamado “Credo del Pueblo de Dios” afirmó: “Creemos que la Bienaventurada María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo...”.

2.2. El significado teológico de la “concepción virginal”

La convergencia de los datos de la Escritura, la unanimidad de la tradición y la clave interpretativa que hemos ofrecido nos podrán ayudar ahora a entender mejor que la concepción virginal de Jesús no es sólo un género literario y que, por el contrario, se trata de un indudable patrimonio de fe con abundantes significados simbólicos de gran fuerza teológica.

2.2.1. Jesús, Hijo del Padre

Reflexionando sobre la concepción virginal, quizás te hayas preguntado: ¿qué sentido tiene para Jesús? ¿Qué supone en su historia, en su vida? Responder a estos interrogantes puede ayudarnos a comprender mejor el significado teológico de la tradición.

Los textos evangélicos en los que nos hemos apoyado apuntan en una dirección que nos parece significativa: la estrecha relación entre la concepción virginal de Jesús y su filiación divina. El texto de Lucas (1, 35) y el prólogo de Juan (1, 13-14), en efecto, hacen hincapié en el sentido cristológico de la concepción por obra del Espíritu en el seno de María y acentúan el valor del “signo”.

En la tradición que recoge Lucas, es Dios mismo quien interviene en la maternidad de María: será el poder del Altísimo el que actuará de manera sorprendente en la joven de Nazaret, de tal manera que el que va a nacer se llamará Hijo de Dios. La concepción virginal será, ante todo, un signo del origen divino del hijo de María.

Si prestamos también atención al prólogo de Juan, la elaborada teología del evangelista permite, según la exégesis actual,

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

algunas interpretaciones interesantes. Los versos 13-14 han sido traducidos recientemente por un eminente biblista, I. de la Potterie, de esta manera: “el cual (el Verbo), no nació de las sangres, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fue engendrado por Dios. Sí, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, gloria cual del unigénito que viene del Padre, lleno de la gracia de la verdad” (*Jn* 1, 13-14). Si Jesús nació “sin efusión de sangre”, es decir, sin la intervención del hombre, entonces puede ser llamado con razón “Hijo de Dios”: ha sido “engendrado por Dios”; es el “unigénito que viene del Padre”.

Esta interpretación, coherente en su estructura y fiel al texto, nos muestra que la concepción virginal es, en la misma línea de la interpretación del texto de Lucas, un “signo” del cual dan testimonio aquellos que han acogido a Jesús y han creído en él.

El testimonio de la Escritura, recogido por la tradición eclesial, es elocuente: existe una relación estrecha entre el signo, la concepción virginal, y su significado, la filiación divina del que va a nacer. En palabras de Benedicto XVI: “Nacer sin intervención alguna de un padre terreno es el origen intrínsecamente necesario de aquel que podía decir a Dios: ‘Padre mío’, de aquel que, incluso en cuanto hombre, era radicalmente hijo, el Hijo de este Padre”.

2.2. María virgen: signo de la alianza de Dios con su pueblo

María virgen, la Hija de Sión, mujer y madre, representa, al mismo tiempo, la alianza definitiva de Dios, que lleva siempre la iniciativa, con el hombre. No es difícil ver en el relato de la anunciación una estructura teológica semejante a la de los relatos llamados “de alianza” en el Antiguo Testamento. Las coincidencias entre el texto de *Lc* 1, 26-38 y *Ex* 19, 3-8 son asombrosas. En ambos textos, es Dios quien tiene algo que comunicar y lo hace a través de un mediador; el mensaje, en ambos casos, se enmarca en la historia de la salvación y es portador de un proyecto liberador en el que Dios empeña su palabra; los destinatarios del mensaje son, respectivamente, el pueblo de Israel y María, Hija de Sión, el resto fiel; el pacto se sella con la respuesta de ambos

DIOS HA HECHO GRANDES COSAS EN MÍ

contrayentes: “Haremos todo cuanto ha dicho Yahveh” (*Ex* 19, 8); “Hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38). Notables semejanzas que nos sugieren la idea de esta alianza de Dios con su pueblo simbolizado en María, alianza definitiva en Jesucristo, Verbo de Dios encarnado en el seno virgen de la joven de Nazaret por la fuerza del Espíritu.

En el signo de la virginidad encontramos la expresión máxima, en el momento de la encarnación, del cumplimiento de la alianza definitiva. La Palabra que era en el principio, nació de Dios y se hizo carne; y puso su morada entre nosotros. Y si la Ley nos fue dada por medio de Moisés, ahora —y de manera plena— en el signo de la maternidad virginal la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo (cfr. *Jn* 1, 14-18).

Así lo entendió, unánimemente, la tradición eclesial. Así lo cree hoy el pueblo de la alianza que venera a María virgen, mujer y madre, en quien Dios hizo - en Jesucristo - grandes cosas.

D. PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.
2. Nuestra Hermandad hace cada año pública y solemne ‘Protestación de Fe’. En ella se incluyen los dogmas marianos de la Maternidad divina, y la Virginidad de María. ¿Podrías explicar brevemente el contenido de estos dogmas?

¿Qué repercusión tienen estas verdades dogmáticas en la vida concreta:
 - a. En el orden personal.
 - b. En la vida de la Hermandad.
3. Dios ha hecho en María “grandes cosas” ¿Reconoces que también en ti ha obrado “grandes cosas”? ¿Cómo cuáles? ¿Y en la vida de nuestra Hermandad?

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO:

1º A título personal:

2º. Como miembros de esta Hermandad.

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Con abras dignas de santidad, concédenos, Señor, manifestar a Cristo, a quien recibimos por la fe; a ejemplo de santa María, que concibió en su espíritu antes que en su seno al Hijo venido del cielo. Que vive y reina contigo. (Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *Santa María, madre de Dios*).

6. DESDE AHORA TODAS LAS GENERACIONES ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA

MARÍA, INMACULADA Y ASUNTA AL CIELO

A. OBJETIVOS

1. Conocer el pensamiento de la Iglesia sobre María a lo largo del tiempo.
2. Profundizar en el contenido de los dogmas marianos de la inmaculada concepción y la asunción al cielo.
3. Situar adecuadamente el contenido de la fe bíblico-ecclesial sobre María a la luz del misterio de Cristo y del misterio de la Iglesia.

B. MOTIVACIÓN

Uno de los rasgos que, desde la Antigüedad, la comunidad cristiana ha contemplado con más admiración en María ha sido, sin duda, su santidad. María de Nazaret, la madre de Jesús, ha ocupado desde el primer momento un lugar privilegiado en la Iglesia. Los cristianos hemos aprendido a mirarnos en ella como en el espejo en el que descubrir nuestra propia imagen, que no puede ser otra que la de los bienaventurados en Cristo.

Creyente en medio de un pueblo de creyentes, la Virgen Madre en su misterio nos muestra la realidad de una mujer redimida por Cristo de manera totalmente peculiar. Abierta a la Palabra, disponible al plan de Dios, seguidora fiel del Hijo hasta la cruz, columna de la primera Iglesia, en María de Nazaret se nos revela el horizonte hacia el que caminamos todos los bautizados: ser hombres nuevos en Cristo, partícipes de la santidad de Dios e hijos en el Hijo.

C. ILUMINACIÓN

Dios ha hecho grandes cosas en María y en ella se contemplan todas las generaciones porque es bienaventurada. Ella, ima-

gen de la Iglesia que camina hacia el horizonte de la historia, allí donde serán recapituladas todas las cosas en Cristo, es para nosotros transparencia de Dios porque ha sido, sin medida, colmada por su gracia.

1. MARÍA, TRANSPARENCIA DE DIOS

La tradición cristiana ha acuñado una expresión que expresa como ninguna el cariño que el pueblo de Dios ha profesado siempre a la madre de Jesús: “¡De María, jamás se dice bastante!”. La historia de la espiritualidad mariana y el sentir de los fieles han sido los portadores de una honda reflexión que no ha cesado nunca de expresar vivamente la riqueza de la figura de esta mujer y su importancia en la historia de la salvación.

Con un trasfondo claramente histórico-salvífico, un filón de tradición ha reflejado incesantemente la convicción de la luminosa santidad de María como punto de referencia para el caminar del creyente y su trascendencia en el proyecto liberador de Dios. Desde los mismos inicios de la reflexión evangélica, la Iglesia ha sido consciente de la anticipada redención de Cristo en María. Tal conciencia se ha ido acrecentando a lo largo de los siglos hasta culminar en la proclamación de la verdad dogmática de la Concepción Inmaculada de María en el siglo XIX. Un largo camino que en buena medida es fruto del sentir de los fieles. Dóciles al Espíritu, los creyentes de todos los tiempos han percibido con fina intuición la hondura y veracidad de las palabras de María en el evangelio de Lucas: “Dios ha hecho grandes cosas en mí” (*Lc 1, 49*).

Podemos, eso sí, preguntarnos: ¿qué quiere decir la Iglesia cuando afirma que María ha sido concebida sin mancha de pecado original? ¿Qué sentido tiene para la vida del creyente tal afirmación?

1.1. De la Escritura a la Tradición

Probablemente nadie haya expresado con mayor sencillez y hondura la santidad de María que el evangelista Lucas. En su evangelio encontramos los rasgos de la mejor mariología que se haya podido escribir nunca. María es la “llena de gracia”, la mujer disponible a la acción de Dios y transformada radicalmente por ella. Al inicio de nuestra reflexión al texto de Lucas (1, 28-35),

hicimos hincapié en la expresión ‘agraciada’ (*kejaritoméne*), es decir, transformada por la gracia para ser madre del Mesías.

Es precisamente esta estrecha relación con la misión anunciada de ser “madre del Salvador” la que da pleno sentido a la elección y a la transformación en orden a la gracia. No es cuestión de un mero “privilegio”; se trata, sobre todo de un acontecimiento que inaugura en María una condición nueva de santidad integral porque el que va a nacer será llamado Hijo del Altísimo. Tal realidad sólo puede ser entendida en el contexto del proyecto liberador de Dios. Una de nosotros, una de nuestra raza, ha sido colmada sin medida por la gracia porque, desde su libertad, desde su sí, Dios va a realizar su salvación en Jesucristo.

La reflexión de Lucas nos ayuda a entender cómo la comunidad cristiana de la primera hora contempló a María, llena de gracia. Abierta a la acción de Dios, la madre de Jesús ocupa un lugar privilegiado en la historia de la salvación gestando en la historia de los hombres al Verbo. Al mismo tiempo, los creyentes vieron en ella el horizonte liberador de Dios: como María, todos nosotros - redimidos en Cristo - participaremos algún día de la santidad de Dios.

En el tránsito de la Escritura a la reflexión teológica posterior, un documento que influyó notablemente en la historia de la tradición eclesial en torno a la santidad de María fue el apócrifo llamado “Protoevangelio de Santiago”. A pesar de su condición de “apócrifo”, el escrito expresa la conciencia popular de la santidad de María, al narrar su nacimiento prodigioso y virginal. El texto tiene su valor al reflejar un primer estadio de la reflexión sobre la inmaculada concepción de María que, no cabe duda, tuvo sus consecuencias en la teología posterior.

En la reflexión teológica de los padres el esfuerzo por aclarar el alcance de la expresión evangélica *kejaritoméne* fue el paralelismo Adán/Cristo, Eva/María.

1.1.1. María, nueva Eva

En efecto, en los primeros pasos hacia la formulación dogmática, todavía lejos de la precisión teológica actual, padres como Justino o Ireneo de Lyon en el siglo II comprendieron a María

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

como nueva Eva, asociada al nuevo Adán – Cristo - en la obra de la redención.

El paralelismo, partiendo de la anunciación, resulta en Justino muy interesante. Eva genera desobediencia y muerte; María, en la fe y dócil a la Palabra, engendra y da a luz a Cristo, Hijo de Dios hecho hombre por obra del Espíritu. Para Ireneo todo se inserta en el contexto de la historia de la salvación; es decir, en el plan de Dios, la encarnación en el seno de María Virgen es un “volver a empezar”, una nueva creación. Así como Eva fue causa de la muerte, María, la “llena de gracia”, es “causa de salvación”. Haciendo clara referencia al texto de Pablo (*Rom 5, 19*), el obispo de Lyon llegó a escribir: “Y como por la desobediencia de una virgen el hombre fue llevado a la caída, se precipitó y murió, así el hombre recibió la vida a través de una virgen que obedeció a la Palabra de Dios”.

En estos padres del siglo II encontramos un dato de excepcional importancia para la fe del pueblo de Dios: la Virgen Madre - con la figura de Eva al fondo - se convierte en “modelo” para el cristiano al perfilar más nítidamente en ella los rasgos del auténtico creyente, dócil a los planes de Dios.

1.1.2. La concepción inmaculada de María

Con el correr del tiempo y paralelamente al desarrollo del dogma cristológico, fue apareciendo de forma sistemática en los símbolos de fe de la Iglesia la expresión “santa María”, siempre en conexión con quien nació de su seno virgen, Cristo el Señor. En el siglo III, uno de los mejores teólogos de la antigüedad cristiana, Orígenes, ejerció un notable influjo en el desarrollo del pensamiento mariológico. Resulta curioso cómo, al mismo tiempo que no dudó en atribuir a María grandes virtudes y presentarla como modelo de santidad para los creyentes, para el pensador alejandrino estaba claro que la madre de Jesús, como todos los hombres, había estado sometida a la fuerza del pecado.

Misterios tan profundos como el del pecado de origen y la necesidad universal de salvación estaban necesitados, todavía, de una mayor reflexión. En realidad, será con la teología de San Agustín, entre el siglo IV y el siglo V, cuando se den pasos decididos hacia la clarificación de estas cuestiones. Quizás con poca

DESDE AHORA TODAS LAS GENERACIONES TE LLAMARÁN BIENAVENTURADA

claridad, con términos imprecisos y reflexiones complejas, lejos todavía del dogma de 1854, la reflexión teológica de esos siglos pone de relieve, sobre todo, la profunda intuición del pueblo de Dios en torno a la santidad de María y la convicción de que esta mujer, escogida por Dios, había sido liberada de la oscuridad del pecado en virtud de Cristo, el que había de nacer de su fidelidad a la Palabra.

El quehacer teológico posterior no hará más que clarificar y precisar lo que en el siglo VIII Andrés de Creta cantaba en sus versos como expresión de fe de toda la Iglesia: “Oh Virgen Madre de Dios, tienda inmaculada, purifícame, que estoy manchado por el pecado, con las purísimas gotas de tu misericordia y ayúdame, para que pueda gritar: ¡honor a ti, oh pura, oh glorificada por Dios!”.

La obra de los grandes teólogos escolásticos, las sucesivas intervenciones del magisterio y sobre todo el sentir de los fieles, ayudaron a madurar la fe en la concepción inmaculada de María. Así, en 1854, el papa Pío IX, en comunión con toda la Iglesia, promulgó esta verdad dogmática afirmando que María fue concebida en el seno de su madre sin pecado original en virtud de la redención de Cristo. La Madre de Jesús fue liberada de la culpa “anticipadamente”, es decir, por los méritos de Cristo y en vista de su elección para ser madre de Dios.

Tales afirmaciones nos colocan ante uno de los acontecimientos únicos en la historia de la salvación. En su clarificación, como hemos visto, ha tenido un peso incuestionable el «sentido de la fe» de todo el pueblo de Dios, iluminado y sostenido por el Espíritu Santo que conduce a la Iglesia al conocimiento de la verdad. La bula “*Ineffabilis Deus*” con la que se proclamó el dogma, establece que el misterio de la inmaculada concepción de María es “doctrina revelada”, es decir, explicitación de la Verdad revelada en Cristo que la Iglesia, acompañada por el Espíritu Santo, cree, celebra y vive en su caminar por la historia hacia el horizonte de Dios.

Ante toda esta reflexión no podemos dejar de preguntarnos: ¿Qué alcance tiene la definición dogmática? ¿Qué sentido tiene para los creyentes en el hoy eclesial?

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

1.2. María, imagen de la Iglesia

“Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia” (Lc 1, 54), canta María en el Magnificat. María, Hija de Sión, resto fiel del pueblo santo, es también imagen de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios. La comunidad cristiana, desde los inicios, ha contemplado siempre a María desde esta óptica, venerándola como un miembro “excelente” de este nuevo pueblo que camina en la historia como signo eficaz de la liberación de Dios en Cristo Jesús en medio de los hombres de cada tiempo.

Quizás la espiritualidad cristiana, con frecuencia, haya dado formas exuberantes a la devoción mariana adornando la figura de la madre con vistosos ropajes. Pero lo que es evidente es que los creyentes han intuito con claridad la particular posición de María en la historia de la salvación y su estrecha relación con el misterio de la Iglesia. El binomio María-Iglesia resulta el cuadro de referencia adecuado para comprender el cariño de los fieles hacia la madre de Jesús y la única clave desde la que hay que interpretar la fe que la tradición ha acuñado, sabiamente, a lo largo de los siglos.

En este sentido, es claro que también el dogma de la concepción inmaculada de María es necesario interpretarlo desde la estrecha relación María-Iglesia. Como María, todos los bautizados estamos llamados a ser santos e inmaculados en Cristo Señor (cfr. Ef 1, 3-5). De una manera expresiva, Pablo piensa la Iglesia “sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada” (Ef 5, 27).

1.2.1. La santidad de los que “están en Cristo”

Nos recuerda el Apóstol: “El que está en Cristo es una nueva creación” (2 Cor 5, 17). No es la afirmación retórica de un iluminado. Se trata de la convicción del que ha experimentado en su vida, de forma palpable, la radical novedad del encuentro con Jesucristo. “Estar en Cristo”, es decir, transformados por su palabra y decididos en el seguimiento de quien ha inaugurado una nueva forma de vivir desde la única clave del amor sin medida. Por la fuerza del Espíritu, el creyente es inmerso en Cristo en el bautismo y por él es llamado a vivir la vida nueva, partícipe de la santidad de Dios.

Pues bien, María inmaculada es la criatura nueva modelada por el Espíritu desde el inicio de su existencia. En ella se contempla una vez más la Iglesia para descubrir la obra de Cristo resucitado, llevada a plenitud en el hombre. Llena de gracia, decimos; esto es, llena de Dios, criatura nueva en el Hombre nuevo, Cristo.

Así, en el caminar de los creyentes, Santa María, obra maestra del Espíritu y transparencia de Dios, aparece como horizonte de esperanza. En ella descubrimos una referencia constante a Cristo: madre en virtud del Hijo; virgen, al concebir al Hijo; inmaculada y santa, criatura nueva en el Hijo. Modelo de la Iglesia, María nos propone un itinerario de crecimiento en la fe hacia “la estatura de Jesucristo” en el que cristificar nuestra vida y hacer realidad la invitación evangélica: “Sed santos, como vuestro Padre es santo” (*Mt 5, 48*).

1.2.2. Liberados en Jesucristo

¿Te has preguntado alguna vez qué significa la salvación? No es sólo un concepto abstracto reservado para el final de los tiempos. Cada vez que en la Escritura se nos narra una experiencia de salvación el contexto es el de hombres y mujeres en situaciones límite: enfermedad, peligro de muerte, encarcelamiento, esclavitud... situaciones que, en definitiva, ponen de manifiesto la perdición del hombre. Pues bien, la salvación en esta óptica es Dios mismo que tiende la mano al hombre y lo saca de la situación de oscuridad en la que se encuentra, superando alienaciones, muertes y limitaciones. De alguna manera, la salvación es una nueva creación que posibilita al hombre una nueva historia, según el proyecto que Dios había soñado desde siempre.

Cristo Jesús, Señor de la vida que vence la oscuridad y la muerte, se ha convertido en salvación de Dios para nosotros. Jesús nos ha revelado el amor del Padre y el encuentro con él transforma la vida, nos libera y hace de nosotros seres verdaderamente humanos, según la mirada y el corazón de Dios. En él, encontramos respuesta a los anhelos de plenitud que el hombre atesora y busca; en él, descubrimos caminos nuevos que dan sentido a nuestros pasos y nos conducen hacia horizontes en los que llegaremos a ser hombres y mujeres logrados.

La figura de María inmaculada nos habla de esta salvación y nos revela lo que seremos: hombres y mujeres cristificados.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

En ella, mujer nueva, contemplamos admirados la obra del Espíritu y descubrimos toda la fuerza redentora del amor de Cristo que transforma y hace al hombre criatura nueva.

Dios “ha puesto sus ojos en la humildad de su sierva” (*Lc* 1, 48) y en fidelidad a sus promesas “nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo” (*Ef* 1, 3). Esto, que se ha cumplido de un modo admirable en María, se cumplirá también en todos los creyentes, porque, como nos recuerda Pablo en una de las mejores síntesis teológicas de la antigüedad “Dios nos ha elegido en Cristo antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (*Ef* 1, 4).

2. MARÍA, HORIZONTE DE PLENITUD

Seguramente hayas escuchado en numerosas ocasiones la palabra escatología. ¿Sabes qué significa? Es un término compuesto por dos palabras griegas: *esjaton*, que hace referencia al final de los tiempos y *logos*, discurso o estudio. Así, entendemos por escatología el estudio, dentro de la teología, de las realidades últimas de la vida del hombre.

Desde la visión cristiana, el centro de la reflexión escatológica lo ocupa, claro, Cristo muerto y resucitado, el alfa y la omega, “el que es y el que viene” (*Ap* 1, 8). Pueblo de Dios caminando en esperanza, la Iglesia contempla en María el horizonte final hacia el que se dirigen los pasos de todos los creyentes en Cristo. Totalmente redimida en Cristo Jesús, María de Nazaret anticipa el destino de plenitud al que estamos llamados todos los hombres, según el proyecto de Dios. Así lo ha creído y celebrado desde antiguo la comunidad cristiana, afirmando el Papa Pío XII en la proclamación del dogma de la Asunción en 1950 que «la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial».

2.1. María, futuro de Dios

Como cada uno de los misterios de la fe en torno a la Virgen Madre, también el de su Asunción a los cielos hay que entenderlo desde la perspectiva de la estrecha relación de María con Cristo y con la Iglesia. Para el seguidor de Jesús, María de Nazaret es también punto de referencia en su propio caminar

como creyente en la historia de la salvación que él mismo protagoniza. En ella contemplamos el futuro de Dios, lo que toda la Iglesia, y cada bautizado en particular, anhela llegar a ser: salvados plenamente en Cristo Resucitado. Alguien de “nuestra raza” ha alcanzado ya la plenitud humana a la que todos estamos llamados.

La afirmación de esta verdad en la comunidad cristiana tiene su fundamento, sobre todo, en el “sentido de la fe” de los creyentes que a lo largo de los siglos ha ido poniendo de relieve esta certeza a través del pensamiento teológico y de la celebración litúrgica en torno a la Madre de Jesús. Y aunque explícitamente la Escritura no nos ofrece testimonios específicos al respecto, es necesario afirmar, en palabras de Pío XII, que “todas las razones y consideraciones de los santos padres y de los teólogos tienen como último fundamento la Escritura”.

2.1.1. El silencio de la Escritura

Lo cierto es que no encontramos ningún texto explícito que argumente directamente esta verdad de fe. ¿Habría que admitir, pues, un cierto silencio de la Escritura al respecto? Tendríamos que aceptar, al menos, que en ella encontramos si no una argumentación firme, sí una orientación. Orientación que necesitará de la reflexión de la Iglesia, bajo la asistencia del Espíritu Santo, en los siglos sucesivos. La tradición cristiana se ha referido a algunos textos particularmente significativos para aludir a este misterio de forma más o menos directa. Así, algunos salmos: “A tu diestra una reina adornada con oro de Ofir..., vestida de brocado, es conducida al rey...; en el palacio del rey entran” (*Ps* 45, 10. 14-16) aplicado a María reina; “¡Levántate, oh Yavé, hacia el lugar de tu descanso, tú y el arca de tu santificación!” (*Ps* 132, 8), en el que se identifica el arca de la alianza con el cuerpo de María virgen preservado de la corrupción del sepulcro.

Otros textos sirven también de punto de apoyo: “Yo pongo enemistad entre ti y la mujer...” (*Gn* 3, 15) en el que la estrecha relación “nuevo Adán” y “nueva Eva” lleva al pensamiento teológico a asociar la resurrección de Cristo con la glorificación de la Virgen Madre; “Glorificaré el lugar donde se apoyaron mis pies...” (*Is* 60, 3) en cuya interpretación teológica el cuerpo de la Virgen es el sagrario donde asentó sus pies el Señor; o bien “¿qué es lo que

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

sube del desierto, como columna de humo, exhalando perfume de mirra e incienso y toda clase de polvos aromáticos?” (*Ct* 3, 6), poema en el que la esposa del Cantar que va a ser coronada es figura de María, esposa celestial, que es llevada al palacio de los cielos.

Como podemos ver, son sobre todo textos del Antiguo Testamento que hacen alusión más o menos próxima e incluso con formas poéticas al misterio de la Asunción de María pero a todas luces «insuficientes» para fundamentar por sí mismos la proclamación del dogma. Por encima de la mayor o menor cercanía de los textos bíblicos, el auténtico fundamento del dogma lo encontramos principalmente en el hecho de la estrecha relación entre el misterio del Hijo y el misterio de la Madre, relación que los acomuna en un mismo destino incluso más allá de la muerte. Como el mismo Pío XII escribe en la Constitución *Munificentissimus Deus* con la que se proclama el dogma, “(María), misteriosamente unida a Jesucristo desde la eternidad con un mismo decreto de predestinación (...) que obtuvo un pleno triunfo sobre el pecado y sobre sus consecuencias, al fin, como supremo coronamiento de sus privilegios, fue preservada de la corrupción del sepulcro y, vencida la muerte, como antes por su Hijo, fue elevada en alma y cuerpo a la gloria del cielo, donde resplandece como Reina a la diestra de su Hijo, rey inmortal de los siglos”.

2.1.2. El valor de la tradición eclesial

Es unánime la fundamentación del dogma de la Asunción desde la tradición de la Iglesia. Ya debió existir una cierta tradición oral en los tres primeros siglos como lo testimonian los escritos apócrifos de la época. Aunque éstos fueron muy pronto apartados de la reflexión de la Iglesia por parte de los padres, reflejan, sin embargo, la preocupación por el tema desde los primeros momentos del desarrollo teológico.

Además de los apócrifos asuncionistas de los primeros siglos, algunos padres se ocuparon del “tránsito” de María y de su glorificación, incidiendo particularmente en su “dormición” (que no muerte) y su posterior asunción al cielo.

Un testimonio privilegiado de la tradición es, sin duda, la liturgia. El dogma de la Asunción no hace excepción y un escritor del siglo VII, Juan de Tesalónica (+ 630) certifica, ya entonces, la existencia de la fiesta de la Asunción de María el día 15 de agosto,

aunque la “dormición de María” había sido mandada celebrar por el emperador Mauricio a finales del siglo VI en todas las Iglesias bizantinas ese mismo día.

Que la fiesta se llame “dormición de María”, “tránsito de María” o “asunción de María” es un signo de las diversas perspectivas existentes en torno a la misma. Incertidumbre que se irá disipando a medida que se vaya precisando el sentido de la fiesta pero que testimonia, indudablemente, una misma verdad celebrada y creída: la glorificación de la madre de Jesús.

Himnos y cánones han sido compuestos a lo largo de los siglos para celebrar con gozo la fiesta de la dormición, como éste que reproducimos y que es atribuido a un autor bizantino del siglo IX:

*“¡Venid, oh columnas en fiesta, crucemos las puertas!
Venid, adornemos con cantos la Iglesia
con ocasión de la deposición del Arca de Dios.*

*Hoy, de hecho, el cielo abre de par en par
su seno para recibir
a la que ha generado al que nada puede contener;
y la tierra, entregando la fuente de la vida,
se cubre de bendiciones y de bondades.*

*Los ángeles forman un coro con los Apóstoles
y miran con respeto a la Madre del Autor de la vida
que pasa de una vida a la otra.*

*Postrémonos todos delante de ella, suplicando:
¡Oh Reina, no te olvides de quien está ligado a ti
por condición
y festeja con fe tu santa dormición!*

*¡Cantad, oh pueblos, a la Madre de nuestro Dios, cantad!
Ella deposita hoy su esplendorosa alma
en las purísimas manos del que se había encarnado
en ella sin semen, y a quien ella suplica
sin cesar para que conceda a la tierra
la paz y la gran misericordia”.*

2.2. Signo de esperanza

Quizás a estas alturas de nuestra reflexión te hayas preguntado: ¿qué tiene que decirnos hoy esta verdad de fe? ¿Qué sentido tiene para los creyentes el dogma de la Asunción? ¿Qué repercusiones tiene en la vida de la Iglesia? Las respuestas a estos interrogantes las obtendremos, una vez más, tan sólo en el proyecto liberador de Dios para los hombres, y en la referencia a la Madre de Jesús como paradigma del creyente que camina a la luz del Resucitado y espera, anhelante, el momento en que Dios recapitule todas las cosas en Cristo Señor. Como ocurre con los misterios de nuestra fe, no se trata de un hecho aislado, sino que como una pieza de un colorido mosaico éste tendrá sentido sólo en el “conjunto” de verdades que configura nuestro ser como comunidad creyente.

2.2.1. “Cristo resucitado, primicia de los que duermen”

Nos recuerda el Vaticano II: “La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte” (*LG 59*). En una clave eminentemente pascual, el misterio de la Asunción de María a los cielos hay que situarlo en paralelo al misterio de la resurrección de Jesús, “primicia de los que han muerto” (*1 Cor 15, 20*), arrancado de los lazos de la muerte por la fuerza de Dios. Como Jesús y en virtud de su muerte y resurrección, María ha sido la primera criatura consumada en plenitud y en ella descubrimos el destino de todos los hombres.

El futuro es de Dios. Y hacia el Padre, en Cristo Señor, por la luz y la fuerza del Espíritu, la Iglesia camina, esperanzada, contemplando en la Virgen de Nazaret el proyecto de Dios en su totalidad. En ella, redimida por Cristo y desde una perspectiva antropológica, se pone de relieve el valor absoluto del hombre que se abre a la trascendencia y está llamado a insertarse en el misterio de plenitud del mismo Dios.

2.2.2. Con las lámparas encendidas: María-Iglesia al encuentro del Esposo

Pero el misterio de María no constituye tan sólo un privilegio individual que se agota en sí mismo. Por el contrario, toda la Iglesia se contempla en ella, iglesia naciente, y a su luz camina en esperanza.

“Ya, pero todavía no”, la comunidad cristiana - encendidas las lámparas - aviva cotidianamente su fe en el Señor Jesús resucitado en el compromiso por los hombres de cada tiempo y contemplando la imagen de lo que llegará a ser en la que es Virgen, Madre y Esposa.

La Iglesia “esposa”, anticipada en las bodas mesiánicas, sale al encuentro del Esposo que ya llega, adornada con la santidad de todos los creyentes entre los que descuella, luminosa, la Madre de Jesús.

D. PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIALOGO EN GRUPO

1. Tómate tiempo para leer detenidamente el texto. Subraya las ideas que te han parecido fundamentales. Apunta las expresiones o conceptos que no comprendas del todo. Dialógalas en el grupo.
2. Nuestra Hermandad hace, cada año, solemne y pública protesta de Fe. Entre los dogmas marianos profesamos el de la Inmaculada Concepción y el de la Asunción de María a los cielos en cuerpo y alma.
¿Podrías dar una explicación, con tus palabras, de cada uno de ellos?
3. ¿Qué repercusión concreta tienen estas verdades dogmáticas marianas:
 - a. En nuestra vida personal.
 - b. En la vida de nuestra Hermandad?
4. María es “imagen purísima” de lo que la entera Comunidad cristiana desea y espera ser. ¿Crees sinceramente que “el cielo”, “la vida eterna”, “la gloria”, le interesa hoy mucho al hombre actual? ¿Y a ti personalmente? ¿Y a nuestra Hermandad?

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

E. TOMAMOS ALGÚN COMPROMISO:

1º. A título personal:

2º. Como miembros de nuestra Hermandad:

F. ORAMOS CON LA IGLESIA

Oh Dios, por tu poder y tu bondad la Virgen María, fruto excelso de la redención, brilla como imagen purísima de la Iglesia. Concede a este pueblo tuyo que peregrina en la tierra que, fijos los ojos en ella, siga fielmente a Cristo hasta que llegue a aquella plenitud de gloria que ya contempla con en Santa María. Por nuestro Señor Jesucristo. Misas de la Virgen, Oración colecta del formulario *La Virgen María, imagen y madre de la Iglesia III*).

Conclusión. PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN DE MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Al final de nuestra reflexión, nos parece importante concluir haciendo hincapié en uno de los elementos de la tradición eclesial en torno a la figura de María que, aun sin haber sido definido dogmáticamente, está muy presente en la espiritualidad del pueblo creyente. Se trata de la función materna desempeñada por la Virgen de Nazaret en relación con la comunidad cristiana.

Pablo VI, en 1964, proclamó a la Madre de Dios con el título de “Madre de la Iglesia”. Interesa la idea teológica que subyace en tal título. Después del recorrido que hemos hecho por los principales datos mariológicos de la fe de la Iglesia, no resultará difícil entender que la maternidad de María no puede limitarse a la concepción y al nacimiento del “Hijo del Altísimo”. En el contexto de la historia de la salvación que hemos puesto de relieve constantemente a lo largo de la reflexión, la cooperación materna al proyecto de Dios sobrepasa los límites del mero acontecimiento de la vida de María de Nazaret.

Seguidora de Jesús por los caminos de Galilea, en fidelidad hasta el final, presente en la primera hora de la Iglesia naciente, María ha contribuido al surgir de la primera comunidad cristiana. Asociada al misterio salvador de Cristo, se ha convertido también en madre de la nueva humanidad reconciliada en el amor.

1. MARÍA, MADRE DE LOS CREYENTES

Hemos subrayado la tipología de María como Hija de Sión, la personalización del resto de Israel. Pues bien, es esta tipología, precisamente, la que nos puede ayudar ahora a entender mejor qué significa la maternidad de María en relación con la comunidad cristiana.

En las corrientes mesiánicas que fluyen a lo largo de todo el AT, el pueblo fiel a la promesa alienta la esperanza en el Mesías que ha de venir. En María, Hija de Sión, es la propia comunidad mesiánica, el pueblo fiel, la que da a luz al Mesías según lo habían anunciado los profetas desde antiguo. Pues bien,

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Jesús muerto en la cruz, resucitado por la fuerza de Dios engendra al nuevo pueblo en el que María, firme al pie de la cruz y columna fuerte de la primera Iglesia, es entregada a los discípulos como madre.

Así, María coopera a la obra de la salvación no sólo desde su maternidad biológica o desde sus actos personales, sino desde su representatividad y desde su papel de madre de todos los creyentes. María, que lleva en sí misma la figura de Israel, el pueblo escogido y que comparte el parto doloroso de la comunidad mesiánica que acoge al Hijo de Dios es, al mismo tiempo, redimida por Cristo y en él, Madre de la comunidad de los creyentes.

Si, referida a Cristo, la maternidad de María tiene un sentido físico e histórico, en relación con la Iglesia, será más propio hablar de “maternidad espiritual” en aquella que cooperó decididamente en la tarea redentora del Hijo desde su disponibilidad absoluta al proyecto de Dios, desde su seguimiento fiel hasta la cruz y su presencia alentadora en la comunidad pascual. Madre, pues, dirá el Concilio Vaticano II, “en el orden de la gracia” (LG 61).

Partícipe de la vida y de la misión de su Hijo, María continúa ejerciendo su función materna en el acontecer histórico de la comunidad creyente que se esfuerza por “generar” a Cristo en el mundo y hacerlo crecer en el corazón de los hombres de todos los tiempos. Como María, la Iglesia es Madre y en el caminar de sus hijos hacia la plenitud de Dios la Madre de Jesús nos acompaña y alienta como creyente entre creyentes sosteniendo nuestra fidelidad en el seguimiento de su Hijo.

2. MEDIADORA EN LA ÚNICA MEDIACIÓN DEL HIJO

El enfoque que hemos querido dar desde un principio a nuestras reflexiones tiene como eje central la estrecha relación entre María y los misterios de Cristo y de la Iglesia. A la luz de ambos acontecimientos, el cristológico y el eclesial, se aclara adecuadamente la figura de la Virgen Madre en el proyecto salvífico de Dios. Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre, Verbo de Dios encarnado es el único Redentor, el único, definitivo y absoluto

PERSEVERABAN EN LA ORACIÓN DE MARÍA, LA MADRE DE DIOS

mediador entre Dios y los hombres, la Palabra definitiva del Padre pronunciada en la historia de los hombres, Camino, Verdad y Vida, Plenitud de los tiempos. Entonces, ¿cómo entender la “mediación” de María? ¿Es correcto hablar en estos términos? Tales interrogantes hacen necesarias algunas aclaraciones.

En el NT, la encarnación del Verbo de Dios supone un salto cualitativo de las mediaciones históricas veterotestamentarias hacia un nuevo tipo de mediación: es Dios mismo quien se hace uno de nosotros devolviendo a los hombres la dignidad de hijos suyos - hijos en el Hijo - y derramando en su corazón el don del Espíritu.

En el marco de la mediación de Cristo, ninguna criatura puede ser equiparada al Verbo de Dios encarnado. Entendemos que, en este sentido, habría que evitar, por poco exactos, términos como los de “corredentora” aplicados con demasiada ligereza a la figura de María o exageraciones en la atribución de privilegios que colocan a la Madre de Jesús en un lugar que no le corresponde en la historia de la salvación.

La función materna de María; tal “mediación” hay que entenderla única-mente como cooperación humana al proyecto de Dios suscitada por Cristo y dependiente de él. Desde su “sí” en la anunciación, la Virgen transformada por la gracia en orden a la misión de ser Madre del Redentor, es instrumento libre y responsable en manos de Dios cooperando de forma eminente en la obra salvadora de Cristo.

Madre y “socia” del Redentor, María de Nazaret contribuyó decisivamente, con su respuesta incondicional a Dios y su adhesión al Hijo, a la liberación de los hombres y continúa ejerciendo su función materna en la Iglesia peregrina a lo largo de los siglos ayudando a los hombres a realizarse íntegramente como hijos de Dios.

— — —

“Haced lo que él os diga”. Con la mirada en la Madre del Señor, los cristianos queremos seguir caminando tras las huellas de Cristo, aprendiendo a contemplar en ella nuestro propio perfil creyente y el horizonte de plenitud hacia el que se dirigen nues-

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

tros pasos. En María, Dios ha derribado a los poderosos y ha tomado partido por los sencillos; ha escogido a lo débil del mundo para confundir a los fuertes. En ella, humilde sierva, Dios mismo se ha hecho carne en Cristo, escándalo para los paganos y salvación para los que creen en él.

“Haced lo que él os diga”: contemplar la figura entrañable de la Virgen Madre, creyente fiel y mujer cristificada, es una invitación a caminar en la autenticidad de la fe, fieles a la propuesta de Dios y comprometidos en el anuncio creíble de Jesucristo Resucitado, Señor de la historia. A él la gloria por los siglos de los siglos.

VOCABULARIO

Alianza

Símbolo tomado de las relaciones políticas (pactos), o de las costumbres nómadas (alianzas de sangre), que se emplea en la Escritura para describir las relaciones de Dios con los hombres.

Apócrifo

Escrito judío o protocristiano que guarda alguna semejanza con los libros llamados canónicos pero que no fueron admitidos en el canon.

Canon

Catálogo de libros sagrados que se consideran inspirados por Dios y contienen la norma de fe y moral. Canon de la Escritura es la lista de los libros que componen la Biblia, diversa entre judíos, católicos y protestantes.

Dogma

Del griego *dókein* (= en el sentido de parecer bien, opinar, creer). El término hace referencia a un enunciado infalible de la fe, formulado al final de un proceso de conquista doctrinal, que compromete a todos los fieles en cuanto que contiene una verdad revelada.

Escatología

Doctrina de las «cosas últimas», de los últimos tiempos. Más en concreto, el conjunto de esperanzas contenidas en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento acerca de la otra vida de los individuos y el futuro de Israel o de toda la humanidad en la época mesiánica.

Exégesis

Explicación o interpretación de un texto bíblico.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Gnosis

Doctrinas filosófico-teológicas de salvación del hombre, difundidas en los tres primeros siglos de nuestra era. Suponen el dualismo ontológico de bien (Dios, lo divino) y mal (el mundo material creado por el demiurgo). El hombre encierra una chispa divina que ha de ser liberada de su cárcel mundana para obtener una salvación transmundana o identificación con el Ente divino. Esta liberación se realiza por etapas de conocimiento arcano y con la ayuda de intermediarios escalonados. Florecieron en numerosas escuelas.

Hija de Sión

En las tradiciones veterotestamentarias, personificación del Pueblo de Dios. El título es aplicado a María en la reflexión de la primera Iglesia.

Hipóstasis

Del griego *hypóstasis* (= «sustancia»); el término en la reflexión teológica sobre Cristo y sobre Dios ha asumido respectivamente el significado de «principio de subsistencia» y de «modo de subsistencia». Se aproxima al concepto de «persona». Se afirma así que en Cristo se da una única hipóstasis-persona en dos naturalezas; en Dios hay una única sustancia o esencia en tres hipóstasis o personas.

Historia de la salvación

La historia del pueblo escogido considerada desde el punto de vista de la acción de Dios (historia sagrada): en ella y por ella Dios se revela.

Joánico

Referente a los escritos neotestamentarios atribuidos a San Juan evangelista.

Mesías

(En hebreo, ungido). Se aplica al sumo sacerdote, al rey, a los patriarcas con su familia, a Ciro. En sentido técnico designa a un futuro personaje, salvador de la era venidera o definitiva, que instaurará el Reino de Dios.

Midrás

Término hebreo que designa un método de interpretación de la Escritura y también el resultado producido por ese método. Es de carácter preferentemente homilético.

Neotestamentario

Referente al Nuevo Testamento.

Omoousios

Término griego que significa: de la misma sustancia (entendido como «naturaleza» o «esencia»). Se convirtió en el criterio de ortodoxia del Concilio de Nicea del 325. Contra la afirmación de los arrianos según la cual el Verbo es de diferente sustancia respecto a Dios, los padres del Concilio de Nicea afirmaron que el Verbo es igual al Padre y, por tanto, no pertenece al orden de las criaturas, sino al de la divinidad.

Oráculo

Nombre común con el que se designa un enunciado profético. Puede ser: oráculo de salvación, en el que se anuncia la liberación próxima de un mal o una salvación futura, por ejemplo, escatológica. Suele incluir la fórmula «no temas», el mal del que serán liberados y la promesa de ayuda; oráculo contra las naciones paganas.

Resto de Israel

Pequeña parte del pueblo que, según la predicación profética, escapa de la ruina común en la ejecución del castigo de Yahveh, y continúa la historia de la salvación.

“NACIDO DE MUJER” MARÍA, LA MADRE DE JESÚS

Teología bíblica

Parte de la ciencia bíblica que presenta sistemáticamente el contenido doctrinal de la misma. Puede ser total, por autores, por temas...

Theotokos

En griego, literalmente, «madre de Dios».

Tipología

Relación entre dos elementos de los cuales el primero (tipo) prefigura y anuncia el segundo (antitipo). La tipología bíblica tiene como fundamento la conexión histórica.

Tradición

Se refiere, sobre todo, a un concepto de contenido (temas, motivos, hechos) estable, que se transmite de ordinario con cambios formales, de palabra, por escrito o en la práctica: tradiciones patriarcales, las de la dinastía davídica, etc.

Veterotestamentario

Referente al Antiguo Testamento.

**DELEGACIÓN DIOCESANA DE
HERMANDADES Y COFRADÍAS**



**CONSEJO GENERAL DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEVILLA**

